Heridas en nuestra piel tejidas

PRUDEN TERCERO NIETO

Capítulo 1

De Andreíta y los moradores de la cordillera iluminada

"Africa is not just a place. □It is a feeling. Africa is the heart of the world and there are only a few of us who have been touched by her. Africa defines our soul and people can feel it, people just know… "

Helene Mikel

1

Hoy comienzo esta nueva entrega, mi pequeña, con la historia de una niña cuyo nombre comienza siendo Andreíta. O quizás podría ser el relato de aquellos hombres y mujeres, junto a los seres vivos, que enredan sus latidos a la cordillera iluminada del monte Kenia.

Pero sigamos los pasos a nuestra pequeñuela. Ella es morena, con los ojos amplios, con la sonrisa llena y unos hoyuelos en la comisura de los labios que iluminan su sonrisa aún más. Cuenta con apenas dos añitos recién cumplidos. Su madre, reconocida antropóloga, Carmela Ordóñez, es invitada para realizar una investigación sobre la población kikuyu, cuyas tareas agrícolas con la tierra se asientan en las faldas del monte Kenia. Invitación que aprovecha la familia para hacerse a la aventura.

Los ojos amplios, negros como la noche en la sabana, iluminada de fuego y de crepitar de leño en esta región de África, se iluminan ante el color almendrado de kikuyus, el verde húmedo y asfixiante de los manglares, el alba ardiente de las acacias y el sándalo y el azul mar de las lobelias. Los nuevos animales -jirafas, leones, elefantes, hipopótamos, etc.- se ven a veces enormes y fieros; otras, pequeños y extraordinarios como la pitón o la cobra, ayayay.

El alma de esta pequeña, aún en pañales en la vida, se quiebra en múltiples fragmentos de cristal cuando el jeep donde va con sus padres, al iniciar su ascenso quizás demasiado rápido a la montaña sagrada, cae por un precipicio. Puedes imaginarte cuánta incomprensión muestra a tan breve edad ante los cuerpos de papá y mamá que no responden a sus besos, mientras se araña con cada arbusto, con cada enramada, con cada guijarro al ascender nuevamente a la carretera. Las almas de sus padres se desprenden de sus cuerpos físicos mientras se despiden con luz y bondad de su hijita y son acogidos con amor por el espíritu que mora en la fantástica cordillera iluminada.

2

Nadie del poblado kikuyu reconoce naturalmente a esa niña. Nadie, mi pequeña indígena, puede acordarse de su nombre. Nadie sabe de dónde viene. Dicen, si prestas atención a las charlas después del rumio del cultivo, que Mwene Nyaga, el Pápá bueno de la montaña, se la ha entregado como un fruto más de la tierra. Le ponen por nombre Anaui, que significa 'alma blanca recogida por las manos de Nyaga'.

Nuestra Andreíta, ya Anaui, se acostumbra a la maniata del poblado que la acoge, lejos del hogar donde nació. Sus abuelos maternos tardan años en encontrarla. Un problema con los permisos de la embajada, y la terrible lentitud de la burocracia keniata, no les permite llegar a tiempo. La cultura kikuyu afirma que toda alma ha de atravesar un infierno de silencio y soledad. Sólo gracias a la fuerza, la energía y al amor de cada individuo se puede vencer a ese infierno.

Las primeras palabras, ya en suajili de nuestra pequeña, crecen con el alba tórrida de la sabana; con las noches donde pequeños y grandes adormecen los frutos del trabajo diario ante los ojos antentos de la cordillera montañosa; con la entrega sacrificada y generosa donde todos son un eslabón más; donde Andreíta madura con los gritos del sol y vientos cual manglar, cual los esbeltos cuerpos de rinocerontes, jirafas y elefantes.

Una guineana religiosa, Anahi, le propone unirse a una ONG de ayuda a los más necesitados. Sus ojos se abren entonces a nuevos poblados, a nuevos ríos, a nuevas almas que en contacto con la suya son llama, son esperanza... La cultura kikuyu, masai, ameru y embu se convierten en las sístoles y diástoles que recorren sus venas y arterias, moviendo su corazón y consiguiendo que sus labios sean un bálsamo humano para las heridas del hambre y de la enfermedad... Aprende, en las numerosas charlas de apoyo y formación a adolescentes y grandes, a sentir el collar del arcoiris o alborada con que se engalana la cordillera iluminada tras una tormenta atronadora o un viento que desgarra las arterias de la tierra.

3

En uno de los viajes a una población de del sureste africano, más allá de la vista de la magnífica cordillera del Kilimanjaro, la cordillera más alta de África, con sus impresionantes volcanes inactivos, el Shira, el Mawenzi y el Kibo, el jeep donde se halla nuestra protagonista, se ve envuelto en un accidente que acaba con la vida de Anahi y el conductor. Tiempo después, mi pequeña guardiana de emociones, despierta en una cama de hospital sin piernas en la capital, Nairobi.

Durante los días e innumerables operaciones a que se ve sometida, al despertar, es incapaz de comprender a ese dios de la montaña, o a esa madre naturaleza. Responsables, o así lo cree entonces, de su

incapacidad, de su sufrimiento... Todos nos sentimos alguna vez así, mi ardilla de los árboles o manglares de la sabana; abatidos por la angustia, incomprensión y el desánimo como nuestra Anaui se siente abatida por un rosario de emociones negativas como ha percibido tantas veces en la piel de sus hermanos y hermanas de maniata. Ella, que tanto ama; que tanto siembra, aprende a ser cuenco, a ser cuerpo trenzado de emociones; en definitiva, a ser auxiliada por las mujeres kiyuku del poblado y las hermanas religiosas...

4

Cuando vuelve a su maniata, el sol trenzando leves plegarias en la cumbre del Kenia, los latidos de sus padres, de su madre y su padre, le hablan en las leves heridas que descienden entre su ladera hasta llegar a besar esos labios, ese grito que nace en cada corazón, kiyukus en el recibimiento de la siega jubilosa… En una silla de ruedas, que le ofrecen las hermanas religiosas, Anaui se queda despierta durante toda la noche hasta la salida del sol… Las lágrimas que emborronan la belleza del nuevo espectáculo hieren suavemente sus manos, sus brazos y su pecho…

Los habitantes de su maniata, donde Anaui convive y se entrega intensamente, a pesar de su condición de lisiada, no te hablan, no, de sus pérdidas. No te hablan, no de sus soledades. No te hablan, no, de cuando se viene abajo… Te hablan de sus ojos, sus eternos ojos amplios llenos de amor. Te hablan de una sonrisa castañuelas que da esperanza; de sus manos cuyo contacto es como el rocío del amanecer (y te aseguro que en estos poblados se aprecia realmente su belleza plásticamente) que sana. Te hablan de sus pechos fértiles (estos poblados son así) de entrega, de alma...

En secreto, y aún cuando nuestra Anaui abandona el mundo de los vivos, los nuevos portadores de la actividad sanadora de su maniata, se dirigen para agradecerle su guía, mientras el rumio de elefantes, jirafas e hipopótamos adormecen la sabana solo roto por el runrún de lechuzas, a la estrella pálida, como la piel de nuestra Anaui, que se adormece si te fijas bien de noche en los brazos y regazo del Papá bueno de la cordillera de Kenia.

Capítulo 2

De sinergia y otras palabras…

1

Un gañido de gaviota sorprende la noche húmeda donde apartamentos en banda playa, un faro y una playa con su breve acantilado difuminan sus sueños de invierno en este pueblo gaditano.

Alma es una niña morena de ojos almendrados, tan dulces como un helado de pastel, y con tantas estrellas que te quedarías hipnotizada intentando atraparlas todas, mi pequeña pirata de acordes. Sus manos se muestran, para quien sabe fijarse en los detalles, a menudo inquietas, deambulando en un eterno forcejeo con sus latidos. Su afición preferida es corretear la playa descalza y locuela como una gaviota más… Eleva sus alas hasta fundirse en esa mezcla de magentas, añiles y azul con que le encanta jugar con sus pinceles y acuarelas.

He de contarte, mi ratona de latidos, que nuestra pequeña Alma, aún a la edad de siete años, no puede hablar. Los médicos no han encontrado ningún problema que pueda explicar la falta de lenguaje articulado. Los padres, desanimados, emplean su discapacidad como arma arrojadiza con que hacer daño al otro; incluso para ningunearla o apartarla de su lado como bicho raro. No podría explicarte por qué no se toma en cuenta un signo tan evidente como el azoramiento de sus manos, pero a veces los médicos son así.

Al anochecer, los gritos de papá y mamá serenados hace rato, Alma vuela a su playa, alza las alas sobre su cielo, sobre el trazado de casas blancas y calles tan propias de Andalucía occidental, sobre el mercado, sobre el mar, sobre cada una de las playas hasta llegar a la playa donde se percibe la belleza del santuario de Nuestra Señora de Regla rindiendo al fin el freno a sus emociones. Sus latidos se enredan a los colores de las acuarelas para dar forma a los albatros, barcazas, marineros, a las estrellas, al rumor brumoso de luz del faro que barre agua, noche, botes, boyas con la serena placidez de la orilla que se adormece pensativa en sus ojos. Ojos grandes, corazón grande, acostumbra a pensar Alma.

2

De la escuela infantil, nuestra pequeña Alma pasa a la escuela primaria. Del colegio infantil de Pepita Pérez al colegio concertado de primaria, Divina Pastora. La palabra sigue siendo ese dique seco que la frena, que la impide. Alma crece con el cielo en sus ojos, pero con lágrimas constantes que una y otra vez emborronan sus pinturas. No acierta a comprender la violencia de sus padres. Las palabras odio, culpa, nadie, etc les arrebatan

el poco amor que les queda en las manos, en las miradas otrora dulces y cálidas. Las constantes críticas, incluso, a su poquedad verbal.

Sólo queda el refugio de sus pinturas, cuando la noche llega, cuando el trémulo rielar del edredón de las estrellas se extiende en este humilde pueblecito de pescadores; en la humilde habitación de Alma donde sus pinturas abren ventanas por donde dar rienda suelta a sus latidos, a sus sueños, a su capacidad de amar.

Los maestros observan como una niña con problemas en el habla no manifiesta ningún problema a la hora de reconocer los conceptos, de expresarlos por escrito… En el colegio de la Divina Pastora, mi ardilla de emociones y saltos en los latidos, Alma, ya con nueve años, olvida su nerviosismo y hambrienta de conocer, busca en los trazos de las palabras escritas, al igual que hace con sus pinceles y acuarelas, las huellas de la sabiduría. Sueña que las palabras son una parte de su corazón que la guían para conocer las cosas… Las sigue entusiasmada en sus cuadernos, en la pizarra de la maestra de este año, en las clases de lenguaje, en los vuelos hacia el cielo de Chipiona, enredado su cabello de latidos por la suave caricia de la bruma.

Los compañeros del colegio le guardan un gran respeto. Les admira su ternura. Sus ojos abiertos y amplios. Sus manos atentas y despiertas ante los apuntes. Donde los demás niños encuentran aburrimiento, el significado de cada palabra hace a Alma avanzar un pasito en su mapa secreto del tesoro que parece guiarla entre calles, apartamentos, lluvias, marejadas y lluvias torrenciales.

3

Al anochecer cuando las voces de papá y mamá se vuelven enervados cuchillos voladores; cuando cada sombra, en su pequeño cuarto, esconde trémulas grutas de soledad y dolor, Alma pierde el contacto con sus palabras, con sus pinturas, con su pequeña y sensible alma, mi querida guardiana de acordes.

Tiempo después, descolgándose por el tejado y por los grandes ventanales la sonrisa cálida de la noche, las palabras le laten, le encienden los leños apagados por las voces de sus padres. Armonía, con su ejército de ángeles, deslíe entre sus pinceles buscando el equilibrio de las cosas…; Complicidad, con su aroma fresco de azucenas y de hierbabuena, se muestra en los hoyuelos de los niños con quienes comparte risas y juegos en la orilla. Había, eso sí, ayayya, las mujeres, una que realmente la tenía hechizada: sinergia. Por más que busca en su alma, por más que busca en sus pinceles, por más que busca en las palabras que le laten por dentro, es una palabra que la hechiza pero que siempre se le escapa… Cuando el sueño al fin la acuna se arropa con la cadencia y con la dulzura de estos acordes… Las palabras la elevan entre

los tejados de aquel pueblo marinero, oteando cigüeñas y campanarios, casas cálidamente adormecidas al runrún del salitre y del mar en banda playa… El rumor de un albatros que eleva poesía y azul el cielo.

Le encanta sentir la brisa, lluvia de intimidad con que abraza el mar por la noche; le encanta acercarse a albatros y gaviotas dormidas; le encanta retozarse en el trémulo sueño de arboledas, pinedas, alerces, encinares y palmeras. Cuando regresa a casa, con todo el vaivén de emociones y sueños, prendidos a sus pies, ojos, manos, mejillas descansa plácida hasta el ramonear del sol a primeras horas de la mañana con unas inquietas lágrimas que la almohada dulcifica con mimo, ay mi pequeña.

4

Una noche, la lluvia desatada en este menudo pueblo de Chipiona atando con sus dedos de agua barcazas y a los osados transeúntes emborronados en el paseo nocturno, la violencia verbal con que se cenan sus padres pasa a la violencia física… Con heridas a flor de piel, jadeando, ni siquiera la llegada del silencio curativo de otras noches, la consigue calmar… No puede comprender… No puede hallar la razón por que sus padres la odien tanto, se odien tanto a sí mismos… El latido agridulce de otra palabra que la acompaña sin ser consciente desde pequeña es su compañera esa noche, culpabilidad.

Alma se cierra a sus estrellas, a las pinturas que su alma abre y a las palabras que le laten. Las lágrimas de Alma son constantes en clase y sus manos se niegan a pintar, a escribir o buscar palabras. Las notas bajan. La maestra, que se llama Paqui y que ha asistido al rápido desarrollo conceptual de aquella muchacha, decide intervenir. Se arma de valor y, encaminando sus pasos por la playa de Camarón, acude a casa de sus padres para hablar con ellos. Supongo, mi pequeña ratona, que imaginarás la respuesta. Que ellos trabajan muy duro; que es muy duro criar a una hija muda que no quiere cooperar…; que Paqui no es quien para decirles nada y, por consiguiente, que se ocupe de su trabajo, etc.

Paqui, intuyendo de antemano la respuesta de los padres, ya lleva ensayada una idea. Como el rendimiento de Alma ha bajado tan ostensiblemente ella misma se compromete a darle clases de refuerzo. Puedes imaginarte la actitud de los padres, que no tienen dinero, que qué pretende sacar de esas clases, que esa chica cada vez está más encerrada en sí misma y no se puede sacar nada de ella, que si le ocurre algo le exigirán responsabilidades… Nada de esto echa para atrás a la maestra que también se espera este tipo de respuesta… No han de preocuparse por el dinero, ella se las dará gratis. La chica, por supuesto, queda bajo su responsabilidad. Ella responderá si le ocurre algo, la puerta se cierra tras su falda arrebolada por el pícaro poniente.

Al llegar a su casa, respirando el poniente a su derecha hasta llegar al pueblo de Sanlúcar donde se hospeda, las últimas hebras de luz descansando sobre almendros, olivos y vides, Paqui respira hondamente. Su alma palpita afanosamente mientras asciende la cuestecita que conduce hasta la Parroquia de la O, donde enfrente se encuentra su vivienda. Realmente hay trabajo que hacer.

Las gaviotas, frente al hogar de Alma, elevan sus gañidos sobre la plaza de la ermita de Regla. El sol se recuesta rojo y mar por occidente ante la presencia protectora del faro y las aisladas barcazas allí retenidas…

5

Revoloteo de palabras enredan de estrellas luminosas ilustraciones, libros de aventuras, tebeos, cartulinas realizadas por los niños en la biblioteca infantil de Chipiona, emplazada en el edificio de San Luis, que viene a desembocar en la avenida del Faro. Los niños acuden a leer cuentos, algún que otro poema, pasatiempos de pintura, alguna obrilla de teatro… El monitor les abre como si fuera un telón desplegado de palabras diferentes aventuras…; diferentes amores… diferentes juegos…

Allí conduce Paqui, por las tardes, a nuestra Alma… Te puedes imaginar cómo sus latidos se llenan de relatos y de palabras que cobran vida gracias a la aventura: Isla, tesoro, arcabuz, fragata, magia, hechizos; incluso las más difíciles como Dumbledore, Mortífagos, Dementores, Snype, etc, etc; y las que llegan a sus manos llenas con las aventuras de Axterix y Obélix, con su inseparable Idefix y cada uno de los miembros de la mítica aldea gala cuyas aventuras siempre acaban con el bardo Assurancetorix amordazado y atado a un árbol.

Alma, a lo largo de los días sucesivos en que convive con la maestra Paqui, con los niños y el monitor de la biblioteca, se abre a la pintura de nuevo. Aprende cómo ciertas palabras que laten negativamente pueden volverse positivas, gracias a la ternura, al amor, a los abrazos del monitor, de Paqui, incluso las alas que laten trémulas en sus manos, pero tú mi niña de sueños, cual estrella, debes saberlo…

Paqui sonríe porque esa niña que encontró sin alegría en sus ojos, comienza a curar la palabra más dolorosa que Paqui había detectado enseguida. Culpabilidad comenzaba a desplegar, junto con la sábana brumosa del invierno, sus alas de las manos, de los pies, de las trenzas desatadas de Alma que se arrebuñaban libres en su almohada latiendo más serenamente su corazón. Los gritos de color de primavera y de los niños en sus bicis y pantaloncitos cortos aletean de color y primavera avenidas, arboledas y sonrisas en Chipiona.

6

El aire, que esta mañana de sábado se ha levantado de levante, alborota con sus dedos de calor los cabellos deslavazados de Paqui y Alma, camino del zoo de Jerez. Parece llevarse las últimas reservas de los padres de Alma ante este viaje que se evaporan entre viñedos e invernaderos y que ahora revolotea sueño e ilusión entre ambas mujeres mientras el citroen de Paqui asciende la cuesta que conduce hacia el zoo.

Los ojos, paletas del cielo, de Alma se abren a todos y cada uno de los animales que no ha visto en su vida… Con sus manos es capaz de dibujar su textura, su piel; sentir el latido suave o el latido desafiante, casi rugido, de algunos otros. Ya sabes el gusto por las palabras, así que te puedes imaginar… León, puma, hipótamo, bisonte, gacela, delfín, uy, delfín sí que le gusta por su movimiento, por su sonoridad y dulzura; su pasmo ante la serpiente o araña y ante su capacidad de defenderse, mediante la inyección de veneno, en cualquier ser vivo que supusiera cualquier peligro contra ellas.

Paqui la coge de las manos, el efecto de las picaduras aún errando en la piel de nuestra Alma, y la conduce a un lugar lleno de rocas, de aligustres, jacarandás, cedros, ficus, etc. que tantean el cielo y los ojos de Alma. Le atraen poderosamente los mandriles, monos capuchinos, chimpancés y descansan ahora en una mamá gorila que amamanta a un bebé. Te hubiera gustado estar ahí. Seguro que te hubiera gustado. Los ojos de Alma se llenan de lágrimas ante aquella escena sin saber por qué. Sus labios apenas permanecen quietos….

Paqui le explica, sin que Alma preste atención del todo a sus palabras, cómo hace unos días esta misma mamá gorila había dado a luz un bebé gorila que nació muerto; cómo la madre había llorado desconsolada, igual que ella hacía en las clases, sin poder hablar, sin poder expresarlo con palabras, sólo con sus gruñidos, sólo con su soledad… Paqui coge de las manos a Alma, que murmura con sus labios algo ininteligible: mmmm… El aire tostado de Levante, al atardecer, prende con sus peines de sudor y asfixia los corazones de las dos mujeres.

Continúa Paqui explicándole cómo en otro zoo, el de la capital, una mamá gorila había muerto al dar a luz a su bebé… A Alma de nuevo esa palabra, sinergia, se le desliza por el tobogán de emociones recién encontradas. Paqui, llenándola de sus manos, de su calidez y de sus besos, le dice que se puede querer a una persona y que en este caso a un bebé gorila, sin necesidad de ser su madre… Los ojos almendrados de Alma se abren de repente y sus labios, por fin deslavazando el latido, la semilla, pronuncian su primera palabra: mamá.

La tarde quiebra con sus primeros rayos de luz magenta y heridas tulipanes cuando Alma y Paqui acometen con el C4 el monumento de la

Virgen de Regla, las alas de gaviotas y esquejes marineros hechos volutas de luz sobre el cielo de Chipiona.

7

Gritos, gañidos, mugidos y gruñidos alzan sus alas, años después, ante el griterío de niños que acude locuela a puestos e imágenes de animales a lo largo del zoo… Un viento de poniente revuela falda de una Alma adulta cuyos ojos se llenan de estrellas al coger en sus brazos a su pequeño Jaime y mostrarle el entorno donde conviven gorilas entre jacarandás, tamarindos y cedros… En los ojos de la mujer, el doble latido que siempre mantiene en sus ojos de la maestra Paqui y sus palabras, a pesar de haber fallecido hará cosa de dos años a causa del cáncer, que trémulas revolotean en su cabello, en su rostros, en sus manos y en los grititos de alegría de su hijo: confianza, ternura, amor y, aquella que se le escapaba de sus labios, sinergia.

Mamá Naturaleza, con una sonrisa bendecida en los labios, coge de la mano a la maestra Paqui, y, se elevan ambas, despidiéndose Paqui con una sonrisa en el rostro, rumbo al cielo, por encima del paseo marítimo. Una levantisca de hojas precede al otoño desapareciendo la estela de tractores que rastrillan la orilla al gañido de las gaviotas, donde un pequeño alza las manos y corretea descalzo. El mar resuena aún con acento sevillano y gaditano en las marejadas, en las crestas que rezuman de primavera y vida la playa, y su impasible faro, el Papá bueno de Chipiona.

Capítulo 3

De la ola y "los peligrosos moradores de la superficie"

1

La tarde extiende su edredón de agua y arena en esta playa de Sanlúcar sobre aperos y balandros que aparcan por un tiempo su servicio a la espera de que esas manos y rostros marineros acudan de nuevo. El crepúsculo asoma su acuarela de magenta y añil tras el coto de doñana donde arbustos y fauna tejen sus sueños con los dedos de juncos, carrizo, álamos blancos, el águila imperial y el lince ibérico.

Este relato, potrillo inquieto, trata de una ola. Los primeros destellos del sol hieren levemente sobre el azul del mar y encienden de color sonrosado, naranja y amarillo a un tiempo el cielo, cuando nace nuestra pequeña ola. No veas la alegría de papá y mamá ola cuando la espuma da lugar a sus primeros saltos, risas y quejidos azuzada por las demás olas. Algún día tú también asistirás fascinada a los juegos de tus retoños convertida en mamá… Achúchala, abrázala fuerte, que sienta tu calor también… Es preciso que todos sintamos el calor de los demás para ser fuertes.

2

La noche enlaza su cabellera de niebla sobre las iglesias de San Francisco, Santo Domingo y, rodeando el jardín de las piletas, se recuesta sobre la Parroquia de la O. Ombú, laurel de Indias, drago, etc., adormecen con sus pétalos de verde y rojo avenidas y jardines botánicos. Bicicletas y bollas descansan su latido de primavera y mar en la orilla, las gaviotas recostándose unas contra otras en la orilla, cuyo brazo alcanza allá a lo lejos del Papá bueno de Chipiona, su faro.

La pequeña ola, gracias a papá y a mamá ola, descubre desde pronto a compartir, a dejarse acunar por las demás y a ser ola en movimiento para aquellas que se sienten algo tristes… Su cuerpecito se abraza fuerte a las demás olas, con confianza y seguridad, y gana con facilidad la cima, siendo risa y carcajada sonora.

Sus padres le enseñan desde pronto la diferencia entre marea alta y marea baja y de la conveniencia de no acercarse a la orilla porque eso significa la muerte para todo ser que vivía en el mar. Ella, con toda la efervescencia de las olas jóvenes, sólo tiene oídos para compartir, para ser ola en movimiento y para ser fuerte con las demás, de forma que al subir parece que besan las estrellas, sí, sí como la tuya, y el sol por la

mañana…

3

Hay un rumio de verdura que se extiende asímismo por la plaza de los Capuchinos y en la playa de la Jara desciende a donde el río Guadalquivir se recuesta en los brazos del océano Atlántico.

Ola lozana y adulta (deberías ver lo guapetona que es; casi tanto tanto como tú), cierto día le ocurre algo que ha de cambiar su vida. La cordada se rompe soltando a nuestra ola por primera vez en su vida y dándola de bruces con un barco… Fíjate su cara de sorpresa, sola por primera vez, preguntándose qué es aquel objeto para nada semejante a los demás elementos que la han rodeado: olas, cielo, estrellas, firmamento… Papá y mamá ola, junto a sus compañeras, las demás olas, le han hablado de barcos, seres de carne, sustancias que resultan mortales para las olas, en fin… Sus brazos de ola, no obstante, tantean curiosos esta nueva realidad.

Sus ojos se maravillan aún más ante el ser de carne que arriba del barco se refleja en sus ojos de ola, sus cabellos, sus grandes y pizpiretos ojos verdes, sus manos de carne acudiendo a su rostro…. Allí permanece nuestra pequeña ola mucho, mucho tiempo, sorbiendo, bebiendo cada uno de sus rasgos… Así esa alegría de niña que la recorre y que hiende su alrededor…

4

La mar no parece tener prisa. Fluye desde la playa del cabo de Plata en Tarifa hasta Cádiz, pasando por Zahara de los Atunes, Véjer de la Frontera, Conil, etc; y desde Cádiz subir al trantrán de Puerto Santa María, Rota y Chipiona hasta llegar a Sanlúcar.. Allí la emoción no tiene fin… Llora y llora por el hijo recién encontrado por esa marejada que rompe en sus brazos, en su regazo, en sus ojos…

Nuestra ola, desde entonces, no es la misma. Al amanecer rompe en juegos con sus compañeros y compañeras olas, pero al anochecer acurrucada junto a las demás olas refleja una y otra vez el rostro del ser de carne…

Tan manifiesta es su preocupación y su malestar, que papá y mamá ola le preguntan qué le pasa y nuestra ola les responde, pero papá y mamá ola le hablan de una raza, los seres de carne, que frente a los seres marinos no comparten generosos, no valoran la importancia de la convivencia e, incluso, llegan a destruir la tierra y lo más importante el agua… Le cuentan además cómo las olas no pueden acercarse a ellos porque las olas cuando la marea baja mueren en la orilla, desvaneciéndose entre la

arena…

Quizás aquí es donde nuestra guapetona y sensible ola necesite mucho de tus abrazos, de tus besos, de tu alma, porque triste y decaída por las palabras de papá y de mamá ola intenta olvidar todo cuanto había vivido.

5

Al ramonear de la tarde, la playa teje sus sueños con las huellas de sanluqueños y turistas que acuden a dar su paseo. La arena quiebra sus pasos a la carrera locuela y castañuelas de infantes. El mar interpreta su solos de piano y violín en cada centímetro que gana a la orilla… A la espera, siempre a la espera de que la noche caiga con su edredón de estrellas y brisa entre transeúntes, vigías de la noche y sueños…

Nuevos amaneceres y cielos entretejidos de estrellas transcurren alegres para nuestras queridas olas. Nuestra ola, ya adulta,una noche, mientras las demás olas descansan allá arriba en alta mar, se dirige al lugar maldito donde le han advertido que no acuda.

Casi moribunda, con el sonido de las gaviotas tañendo la tarde, llega nuestra ola a la orilla, adonde sus labios acuosos dejan escapar sus últimos ayes, hasta que, su pequeño cuerpo de ola casi absorbido por la tierra de la playa, unos ojos verdes y castañuelas, de niña con haldas de primavera y otoño se espejan en sus brazos y unas manos que atrapan las pequeñas gotas que quedan de su cuerpo acuoso y las llevan a sus ojos, a sus mejillas, a sus cabellos, haciéndola sentir un calor, un latido que no ha sentido en su vida, reviviéndola, reanimándola….

Hay, cariño, quien dice que nuestra ola vuelve para contar cuán equivocados están los seres del mar, que los seres de carne guardan, como ellos, la capacidad, el alma, la sonrisa, pizpireta y castañuelas, que en ella permanece impresa para siempre. Pero, claro, todo esto sólo son historias de olas. ¿Quién sabe?

Mercedes, que así se llama la mujer que conoce nuestra ola, con su mirada pizpireta y castañuelas, en sus manos, en su regazo, en la alegría que cual niña parece tejer cometas en la playa de Sanlúcar, mientras escribe versos de luz y agua con su amiga la ola. Mientras hoy, años después de habernos dejado, y revoloteando sus cenizas por esta playa de Sanlúcar, una vez más sus piececitos huellan latidos que revolotean hoy castañuelas por los cielos de esta ciudad marinera…

Capítulo 4

De una composición llamada Michelle

1

Las primeras palomas encienden de primavera la pila bautismal en frente de la Inmaculada de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. Picotean de tarde y elegancia terrazas del bar y de la cafetería de la plaza. Las primeras nubes, ralas, hieren de crepúsculo tras la ermita del Santísimo Cristo, también conocida coloquialmente como torre gorda de Miguelturra.

Un bebé de pocos días, cuando ya la noche tinta de sombras tejados y calles, es descubierto por los ojos sorprendidos de los niños que viven en el centro tutelado en frente de la ermita. Los ojos almendrados del bebé parecen ronronear de alegría y abrir y cerrar sus manillas cogiendo a todo niño pizpireto que acude a él. Michelle, que así se llama la monitora de dicho alojamiento, recoge al niño del cesto donde apenas va arropado con una sabanilla. Al instante se da cuenta de que sus ojos están recubiertos, ayayay, de una pequeña vitela que, conforme le corrobora más tarde el médico del centro de salud de dicha localidad, le impide ver.

Durante los días siguientes, Michelle inicia los trámites en el ayuntamiento para que, mientras se busca a unos padres que quieran adoptarlo, el niño se quede en el centro. Adrián, como así lo acaban llamando, crece siendo un ratoncillo. En cuanto puede se aventura por cualquier rincón y ratonea cualquier resto de comida.

Desde un principio sin que haya unos padres, que se interesen por hacer frente a la múltiple gestión y trámites administrativos para adoptarlo, Adrián destaca por su pericia innata con el piano. Sus manos, conforme crece, siguen las manos diestras y mágicas de Michelle que aletean certeras en las teclas de un piano desvencijado.

Te gustaría sentirte acariciar por los compases que como un ángel interpreta ese niño y que consegue sacar murmullos de asombro y de admiración, tanto de los demás niños como de la monitora. Sí, así Adrián arranca su iniciación al piano.

2

La calle Real se llena de las primeras máscaras que van a poblar dicha localidad estos días de finales de febrero. Las ascuas carnavaleras encienden de negro, rojo y alegría las calles oteadas de ceniza y oro

entreverado por los tímidos rayos del sol.

Esta mañana una furgoneta de transportes aparca en frente del centro, donde la ermita del Cristo tiene su portal de entrada. El repartidor trae un enorme paquete que Michelle en secreto ha encargado. Las manos de todos los pequeñines se abalanzan sobre aquel objeto para desembalarlo y descubrir, con sus ceños algo fruncidos y decepcionados, un piano de segunda mano.

Los ojos de Adrián, a pesar de estar velados, brillan tenuemente cuando sus manos acarician aquel milagroso regalo, casi nuevecito. No puede esperar. Parece olvidar los días que transcurren con su ocioso silencio y soledad sin que unos padres acudan al centro para interesarse por él. Sus manos hollan en las teclas las composiciones que Michelle ha inscrito en su memoria táctil…

Nuevas composiciones y partituras vendrán con el tiempo y, con ellas, el concejal de cultura del ayuntamiento que se interesa por el caso de Adrián, asegurando que hará lo posible para que pueda tocar en el conservatorio municipal. Puedes imaginar la alegría de todos los niños y, naturalmente, de Adrián,impaciente y nervioso, por hacer realidad uno de sus sueños más importantes. Al caer la noche y llenarse del revoloteo de murgas y charangas que se reúnen en torno a la Sardina, pronta a quemarse en la plaza, Adrían cae dormido por fin.

3

Hay un ramoneo de seguidores y procesionantes este día de domingo. La puerta de entrada de la ermita del Cristo, encendiéndose con los piidos de las aves que celebran la primavera, se abre para dar paso al Cristo de la Misericordia quien con gesto afligido se entrega generoso a las calles de esta localidad saludando en primer lugar al centro que nos ocupa y recostándose suave en la mirada castaña y almendrada de la monitora Michelle.

Cuando acaba la soflama de la procesión y del Cristo que se dirige a la calle del Cristo, Michelle pasa pacientemente a los niños al centro, cerrando la puerta tras de sí. Cada niño, si miras atentamente sus gestos y sus palabras, es un latido en su corazón; un acorde que resuena dulce en sus ojos, en sus mejillas, en su frente, en sus manos, siempre resueltas a limpiar, asear, quitar cacas, mocos, etc. Te sorprendería, ahora que están preparando la cena, en su pequeña cocina llena de los gritos de los chicos, escuchar cómo, cuando su voz pronuncia sus nombres, late de forma diferente el nombre de cada niño: Roberto, Luis, Álvaro, Santi, siempre Santi, LuisMi y… Adrián.

MIchelle pronuncia, como tantas veces, el nombre de nuestro protagonista que ha crecido hasta convertirse en un adolescente con energía, pero

dentro de ese río hay un latido oculto, oscuro e intranquilo que resuena como una cuerda mal afinada… Tras el talento de Adrián, hay un alma solitaria, un corazón poco generoso…

Muy pasadas las doce de la noche, las campanas encienden de luz y sonido la plaza del Cristo, serenándose después cuando cada peregrino, procesionante y natural de esta localidad se dirige a descansar porque al día siguiente a de levantarse temprano…

4

El campo desteje maizales y trigueros de sus alpacas, viñedos de su rica uva y los olivos preparándose para su recogida en enero, cuando septiembre viste de fiesta y domingo plazoleta, ermita y a la patrona de este pueblo, la Virgen de la Estrella, para las próximas fiestas.

Este nueve de septiembre cuando llega la invitación para que Adrián participae en una sesión de piano, con piezas de Tchaikovsky, Brahms y Mozart. Imagínate la alegría vigorosa de Michelle, corriendo a abrazar a todos y cada uno de los niños y, en último lugar, a Adrián… Uffffffff.

Los siguientes días te los puedes imaginar con Michelle imprimiendo cada uno de los acordes en las manos de Adrián con una paciencia dulce e infinita. Vuelo que no ceja ni un ápice cuando el día de la sesión las manos de un adolescente ciego encendien sonrisas y aplausos en cada uno de los participantes, rompiendo al final en un aplauso sonoro de los niños del centro que han acudido invitados.

La traca de feria enciende pinedas y encinares en esta localidad de Miguelturra antes de dar inicio a la estación de otoño que destrenza sus cabellos de agua y gris en las calles donde se serena la melodía que aún titila entre ramas y sonrisas adormecidas de niños y Adrián en su lecho.

5

El mes de enero desenreda aún guirnaldas, cortinas del nacimiento, reyes y santa Claus de ventanas y hogares, con sus ascuas de calor y leña, cuando uno a uno animales y dueños se agolpan en la ermita de San Antón en el primer tercio de la calle Real para su bendición por el párroco.

Las cosas se suceden deprisa. Una beca llega a nombre de Adrián para aprender solfeo en un conservatorio gracias a la ONCE. Las fiestas en el centro tutelado que festejan el triunfo. La despedida del muchacho…

Una impresión se queda, para siempre, grabada en el pecho de Adrián y es el abrazo de Michelle… En aquel abrazo encuentra una sensación agridulce: el hondo cariño con que Michelle lo ama y la tristeza que late

en ella que, al igual que han quedado impresas en sus manos las letras de las canciones, deja en su alma grabado su imagen como muchacho solitario y poco generoso… que, a lo largo de los siguientes años, le hace llorar en más de una ocasión.

El hato a cuestas, con sólo sus trajes y su muda, así como sus enseres para su limpieza diaria, abandona el centro que durante más de trece años ha constituido su hogar… rumbo a Madrid donde, gracias a la ONCE, constituirá su nuevo hogar, en un piso cerca del conservatorio de Arturio Soria.

6

Las estaciones de metro de Pinar de Chamartín así como la de Manoteras se convierten en sus herramientas para trasladarse en esa ciudad llena de dinamismo y de prisas a los diferentes museos donde sus manos aprenden a textar las calidades y tonalidades de pinturas y esculturas; a los teatros donde acude para escuchar a profesores de piano y orquestas, uffffff…

El camino de Adrián, no te vayas a pensar, es arduo. Años de duro trabajo y perfeccionamiento en su destreza y en su oído. Años con profesores de solfeo… Entre nota y nota, aprendizaje y aprendizaje, las manos de Adrián comienzan a percibir el alma de cada una de las cuerdas bien afinadas… La destreza fría y ágil deja su lugar a saber escuchar, a saber percibir… Interpreta una partitura de Mozart con el piano y sus ojos sonríen, como lo hacían ante la presencia de Michelle.

La monitora se sentiría orgullosa, pensaba él, ante la paciencia y dulzura infinita con que guía los primeros pasos de otros niños con discapacidad visual. Ahora él sabe que se llama así y no ceguera como le habían arrojado tantas veces en cara. Su pequeño bastón que le acompaña dondequiera que va le sirve para preparar las lecciones del día siguiente mientras Madrid le saluda con sus numerosos sonidos y texturas de música, sonido y olor…

Sus lecciones y clases lo mantinenen ocupado, en ese maremágnum que constituye Madrid, hasta que años después, hecho un hombre, acompaña a sus alumnos al centro tutelado… Una y otra vez, han transcurrido más de cinco años, ha preguntado por Michelle y el centro y no le han dado respuesta y cuando llegó se le heló la sangre. El centro ha cerrado por la muerte de la monitora… En el viaje de vuelta mientras el ave se conduce silenciosamente entre espigueras y maizales entre Ciudad Real, Toledo y Madrid, no deja de recordar el abrazo de Michelle al despedirse, junto al latido preocupado de la monitora y que ahora se prende a las alas de vencejos y golondrinas que acompañan a la intrépida lanzadera…

7

No puede ver, pero el olor a espliego y hierbabuena de la plaza del Cristo le envuelve al llegar. El pueblo ha ido encendiéndose de grama y oro preparando los tejados y campanarios de su Iglesia de la Asunción y ermita de las monjas, para la llegada de las cigüeñas. Adrián, todo un adulto ya, y con los deberes hechos, acierta a llegar al centro cerrado que a partir de ahora se convertirá en su hogar de aquí en adelante… Todavía no han llegado los niños, pero en sus ojos, a pesar de su vitela, sonríe la misma vitalidad y cariño que mostraba Michelle cuando preparaba las cenas en la cocina…

Podría hablarte de los nuevos alumnos del nuevo y reformado centro tutelado que Adrián abre. Podría hablarte de cómo las estaciones sobrecogen con su ritmo esta pequeña localidad y el latido de nuestros pequeños. Podría hablarte cómo la Once acelera los trámites de adopción de estos niños que al marcharse dejan con una caricia en el alma a Adrián. Podría hablarte de tantas cosas… sobre este centro… sobre sus pequeños… sobre Adrián… sobre las risas de Michelle que prende sus alas leve pero cálidamente alzando su vuelo entre los tejados de esta pequeña localidad…

Capítulo 5

De una cierva llamada Miriel y el parque de las endrinas

My heart's in the Highlands, my heart is not here,/ My heart's in the Highlands a-chasing the deer-/A-chasing the wild deer, and following the roe;/My heart's in the Highlands, wherever I go."

Robert Burns

1

En esta ocasión, mi pequeña, te voy a trasladar a una herida de verdura en la tierra; a un lugar que recibe el nombre de las bayas azules que da el endrino; a un lugar donde los verdes menudean en diferentes tonos como si en una parte fuera al mediodía, en una parte recién amanecido, o en otra parte la verdura se echara su edredón de noche para ir a dormir… Este sitio, mi guardiana de acordes, no es otro que el parque de las endrinas o Páirc Náisiúnta Chill Airne al suroeste de esa tierra fértil o Mamá buena que es Irlanda…

Mas dejémonos de prolegómenos porque nuestra pequeña Miriel está pronta para venir a la vida…

La lluvia cae torrencialmente hiriendo con su voluptuosidad rosas digitales, rododendros y pendientes de la reina. Unos ojillos de cierva adulta apagan su luz definitivamente, mientras otros ojillos, húmedos aún, amanecen abriéndose paso por las entrañas cálidas de la madre. Su pequeño corazón recién amanece para amar, para vivir, para compartir con ansia…

Su mamá Keithla la había bautizado mientras aún se encontraba en sus entrañas, Miriel, que significa en el lenguaje de los animales, salto del cielo… Cuando orgullosa alcanzaba su mamá el mirador desde el que podía contemplarse el espléndido lago Lough Leane, atezado por azulones, cisnes y garzas, sentía cómo su bebé hacía intento de propulsarse con sus patitas.

La lluvia cubre el viscoso cuerpo de nuestra rojiza cervato intensamente. Miriel hociquea el cuerpo de su madre sin recibir respuesta de ningún tipo. El cuerpo que Mamá naturaleza había ido preparando con cariño, con ternura, casi mágicamente para amamantar y acariciar con ternura el cuerpecillo recién nacido de su retoño se había roto durante aquella noche al traerlo al mundo, ayayay.

2

Tejeras y endrinas, junto a algún que otro roble, parecen en medio de aquel aguacero trenzar unos brazos bien fuertes para que el rugido de la tormenta, mi enamorada de mamá naturaleza, no dañe a nuestra recién nacida Miriel.

Fenris, que así se llama el zorro rojo, olisquea en vano el cielo para hallar el rastro de la cierva y de su retoño. A pesar de la huida de su presa y acalambrado aún por las heridas y la pelea con la cierva, no puede evitar dejarse llevar por cierto sentimiento de orgullo. Mamá Naturaleza, él asiente con confianza ahora, guía a las hembras parturientas a lugares resguardados para dar a luz a sus crías… La cierva, una hembra embarazada y pronta a dar a luz, trémulos los rayos de sol entre secuoyas y tejos, se conducía a pequeños pasos acompañada por sus demás hermanos y hermanas ciervas. Fenris, con la sabiduría de la especie, y sabiéndose un depredador pequeño, había sabido ser paciente al esperar que ésta se separara por fin de su familia.

Fenris no sabrá nunca si fue por las quebradas de nubes que se acercaban por el oeste, con su hervidero de cirros y nimbos, consiguiendo cambiar la dirección del viento o fue la genuina intuición de mamá cierva lo que lo delató. Cuando inició el ataque no se encontró a una víctima sorprendida…

3

Pinzones, grajas y zorzales habían arrancado, tibiamente, debido a la lluvia, con graznidos y piidos el crepitar del atardecer sobre la cierva quien justo preparaba un lecho cómodo para ella y la hija que había de nacer… Los calambres del inminente parto asaeteaban el cuerpo de la cierva quien, debido al cambio en la dirección del viento, reconoció el olor próximo de un depredador sediento de su sangre y la de su pequeña…

Keithla, con toda la fuerza que da el saberse madre y querer defender a su hija, embistió a Fenris quien salió despedido dando grandes alaridos. Éste, con el lomo herido por las piedras agudas que anunciaban el precipicio, volvió sobre sus patas para reiniciar el ataque. Keithla, para su sorpresa, lo estaba esperando, y bufando en el suelo estruendosamente se echó sobre él que pudo apartarse. Fuera de sí, buscó casi sin vista, la sangre le chorreaba por la cara, el olor de la cierva pudiendo agarrarse a su cuello con sus colmillos, pero Keithla volvió a sacárselo de encima y salió huyendo de aquel sitio, gravemente herida… Fenris, perdida su presa nuevamente, se desmayó…

Con las últimas fuerzas que le quedaban y, a media milla de donde la pelea con Fenris, en un pequeño claro detrás de un atado de hayas, dio a

luz a su cervato hembra.

4

El rumor del lago Lough Leane, o lago del aprendizaje y así habría de ser en este relato, mi pequeña, timbra, una vez acabada la lluvia pertinaz y arropadora, con sus hebras de azulones y cisnes, el prado donde la pequeña cría aún se agarra al cuerpo aún tibio de la madre…

El viento descendiendo del alto mirador, mientras prorrumpe suave la alborada entre la niebla y la pertinente lluvia, cual una madre que subiera la persiana y abriera de par en par las ventanas, para que se iluminen tejuelos, bayas, arbustos o rododendros, acacias y hayedos, etc., parece, mi pequeña, achuchar a nuestra pequeña con pequeños y acuciantes empellones.

La cervato cree incluso escuchar la voz de su madre, atrayéndola, llevándola lejos: "Mi Miriel, ven. No puedes quedarte más tiempo ahí. Si lo haces, el zorro que nos agredió te localizará y se vengará en ti…". Mueve sus débiles patas aún torpemente y se va incorporando a duras penas. El viento de poniente, donde las hadas o dríades de esta tierra sagrada tejen sus cortinajes naturales de protección para los pequeñuelos recién nacidos a la vida, parece darle nuevas fuerzas para afrontar sus primeros pasos.

La tierra mullida por la hierba y entretejida de oro rojizo por los pendientes de la reina remansan reses de ovejas y algún que otro gazapo que asoma tímidamente por las que nuestra pequeña Miriel trastabillea sus primeros pasos. Algunos, con su lenguaje ovejuno o conejo, le preguntan cuál es su nombre. El latido de Miriel sale tímidamente de sus labios recordando cómo su madre la había llamado así.

Nuestra pequeña, que sin darse cuenta ha seguido el sendero que tantas veces recorrió con su madre a lo largo del lago, se tiende a su orilla una vez más y sin poder evitar que unas lágrimas broten de sus ojos humedeciendo su lecho cálido y fresco donde estrellas y luna murmuran tiernamente con voces y arrullos gaélicos.

5

El sol hiere con sus dedos de luz, a los que este lugar sagrado no está tan habituado, las copas bien altas de tejos y hayedos. Garzas y abubillas prenden su vuelo de lozanía y de primavera. El lago cuya belleza parece no tener fin multiplica por mil los cristalitos de luz que recibe sonrojando aún más el valle y pintando aún de rojo más intenso las agridulces endrinas que nuestra pequeña ha aprendido a comer.

Todos los días le parece escuchar esa voz interior, su melodía, en el rumor del lago, en los pequeños graznidos de aves, en el rumor de las hojas de

los árboles, de setos y arbustos; en el balido de las ovejas, en la risita eterna de los gazapos, en la llamada misteriosa de las lechuzas, etc. Keithla, con esa voz que presentía en su interior antes de nacer, parece entregarle una enseñanza cada día. Las hojas de arbustos con que dar fortaleza a sus patas. Las agridulces endrinas con que ayudarle a evacuar. Las bayas del tejo con que tomar vitamina para el crecimiento. Los lugares más adecuados para sestear y huir así de los animales que se alimentan de cervatos…

Al final del día, con el rumor o nana que tejen endrinas, robles y alisos que se han sumado a su trayecto, sólo le queda arroparse con el murmullo del lago, con esos hociqueos que alguna vez sintiera en las entrañas de Keithla…

6

El lago que parece construir con el cielo retratos que quedan en su retina para siempre; el lago, cuyos diferentes sonidos a lo largo del día, cincelan los latidos que en su pequeño corazón se visten de otoño, de invierno y de primavera…; el Lough Leane que se recuesta al lado del viejo castillo de Ross enreda sus dedos de agua en este día donde Miriel tras el rumor de arbustos, quebradas y unas pequeñas piedras pertenecientes a la vieja abadía, descubre un grupo numeroso de seres vivos como ella.

La alegría, su risa interior, crece desde su hociquillo hasta sus patas y su pequeño rabito… Una cierva adulta, como ella recuerda a su mamá, se dirige a ella. Su nombre, como el arrullo de la noche, como una plegaria, Lyaira. Pronto reconocerá esta cierva adulta, con la certeza que sólo da Mamá Naturaleza, a aquel cervato como hija propia.

Había comenzado la vida familiar de nuestra cervato. En la nueva manada, Miriel crece con un cariño especial por los más pequeños. La naturaleza, que extiende sus dedos de verdura y copas de tejos y endrinas alrededor, no posee secretos para ella. Todo rumor, todo crecimiento, todo silencio posee un significado que entiende con la urgencia y la necesidad que da la vida en el bosque.

Keithla, o el recuerdo de su madre, late trémulo cada vez que da de beber a las crías con el agua que pacientemente ha mantenido en la boca con el agua del Lough Leane. El alma se le inquieta cada vez que un cervato ha sufrido una herida y ella acude rauda a curarla con su rasposa lengua. Conoce el nombre, el espíritu, la savia, el latir de cada uno de los cervatos de la manada. Para ella todos son pétalos de la misma flor. Rayo veloz, Aurora herida, Húmeda pradera…

Todos son nombres que ella, conforme el cielo extiende su red de estaciones y latidos que llegan incluso a la explosión de campanas en la iglesia de Kellarney lago, se convierte en adulta, ama con cada latido de

su voluntad y a quienes se compromete a educar en sus primeros pasos en la vida. Cada sonido de Mamá Naturaleza, el aletear de aves, el hociqueo de los gazapos, las propiedades de las plantas, etc… son lecciones que cada cervato aprende a reconocer con nuestra Miriel.

Al iniciar los cortinajes del nuevo día y sus rumores, sale con los cervatos y no vuelve sino hasta cuando la vegetación comienza a exudar su humedad ante la nueva noche. Ellos y ellas crecen con los sonidos del agua, en su discurso y en su somnolencia, con los sonidos de las aves diurnas y nocturnas, con la dirección del viento, y su cuidado a no ponerse en medio del viento de poniente… Claro que cometen sus errores, pero ella se muestra paciente y asertiva en su aprendizaje.

Cuando la noche extiende sus cortinas húmedas sobre los cuerpecitos de los ciervos más jóvenes la pradera es el edredón que con sus oropéndulas adormecidadas y sus bastoncillos o damas de la noche los arrullan con su perfume.

6

El cielo del parque se llena una mañana de cirros que enmarañan la luz del valle. Los quietos remansos de tejos y endrinas parecen cobijar los candiles de nuestros cervatos que uno a uno regresan al lugar donde se asienta la manada. Miriel, al rodear los pequeños bloques de la abadía, percibe una presencia que la ha atormentado desde pequeña.

Decididamente inquieta, mientras los cirros comienzan su descarga emborronando el sendero que las había traído de vuelta y el mullido prado donde se había acogido la manada, pide a sus crías que la esperen mientras ella se interna dando un rodeo al formidable castillo. Para ese momento el olor de la sangre y de la muerte se desprende de cada matorral, de cada golpeteo del viento y agua herida que la sacude leve, de la misma penumbra que apenas murmura hoy con el habitual sonido de lechuzas.

Cuando llega al lecho del Lough Leane donde al anochecer se aposenta la manada, parece que los fantasmas de sus seres queridos se han sumado a los fantasmas propios del castillo como último baluarte en la guerra de clanes, es consciente de que todos sus seres queridos han muerto. Lyaira, su madre adoptiva, yace hiriendo arbustos y explanada con abundante sangre. Los ciervos machos muestran en sus cuerpos, dotados tan magníficamente con sus cuernos, el mayor número de heridas y violencia al haber presentado oposición a la manada de zorros rojos violentos que les ha atacado mortalmente.

Miriel corre a galope, huyendo del presente y del pasado que hunde en su piel y músculos la garra del dolor. Sus patas se desploman en tierra esperando que la muerte, ese olor inconfundible, la alcance a ella

también. Keithla, que ama con especial intensidad a aquella cierva, la acaricia de nuevo con cada latido de sus cervatos y nuestra Miriel vuelve a aquel refugio de tocones y endrinas, donde han quedado resguardados los cervatos, lamiéndolos con fuerza y hociqueándolos enérgicamente para levantarlos ya que presiente la presencia de aquella temible presencia del pasado muy próxima.

Las garzas resuenan, arracimadas en la lluvia y ventolera, con sus enormes graznidos una y otra vez. "Huid, huid, huid". El viento susurra entre las ramas el nombre de Fenris el zorro. En las prisas por esconder a los cervatos, mi pequeño rayo de luz, MIriel se lastima gravemente una pata que inmediatamente alza. El dolor la desencaja sin importarle. Madre y alma corre con sus crías a favor del viento borrando el rastro que pueda conducir a la herida roja, Fenris, hambrienta de sangre. Con toda la urgencia que le permite el dolor y las tres patas, guía a los cervatos dirección arriba, dejando atrás hayas, fresnos, tejos y avellanos… Un viejo tocón la hace casi caer agotada arropada inmediatamente por los hocicos y patas gráciles de sus cervatillos. Propulsada hacia arriba reconoce el mirador adonde Keithla sentía sus patillas propulsarse arropado por sauces y arbustos que derraman la ternura desatada de mamá naturaleza como el anochecer en que ella llegó a la vida. Un racimo de digitales la conduce a ellas y a los cervatos a un bosquecillo abrigado por los tejos y endrinas donde piensa dejar a los cervatos. Uno a uno susurra el nombre de cada uno de ellos con cariño, con una calidez como la tuya, mi fiel compañera, Hierba húmeda, Rayo verde, Silbido ululante…; mastica suavemente bayas de tejo que luego les da a cada uno de ellos para dejarlos dormidos y las coloca una a una de forma que no las delate el viento ni las hiera el frío de la noche. Al despedirse, les entrega una parte de su espíritu que les promete que les seguirá estén donde estén.

Con una rama que había impregnado de la sangre de su madre adoptiva, Lyaira, y que había mantenido en su hocico, deja rastro de sangre en ramas, hojas y arbustos para que el zorro Fenris la huela y persiga, dirigiéndolo al mirador donde su madre la llevaba una y otra vez y respirando entrecortadamente a la espera.

7

El zorro Fenris, más envejecido, lleno del lecho blanco que espumea en el Lough Leane al atardecer, encuentra a la cierva Miriel. Tan sólo tiene unos segundos para asombrarse interiormente de la semejanza con su madre, aquella que le hizo frente hace uffffffff… Inmediatamente y con la confianza que da la experiencia se lanza hacia ella sin percatarse de que la lluvia y la sangre de cierva que ha estado olisqueando, incluso lamiendo, para seguir a la cierva estaba impregnada del zumo tóxico de tejo que produce que el corazón bombee frenéticamente hasta dejarlo caído allí frente a

una Miriel emborronada por la lluvia…

Las campanas de Santa María, espoleadas por el candor de los franciscanos, resuenan por la estación de Chill Airne, por las calles tejidas de casas cuyos tejados se cubren con la corteza del tejo; se dirigen hacia esa belleza donde el sol musita sus primeras plegarias que constituye el Lough Leane, rodean el castillo Ross y las ruinas de la abadía Innisfallen y alborozando leve a su paso el piar de zancudas, zorzales y pinzones se dirigen húmedo el ascenso a un terreno próximo al mirador recubierto por hayedos donde unos cervatos se acurrucan junto a una cierva adulta que aún estremecido su corazón dormita plácida. Las rosas de los digitales llorando copiosamente de rocío al saludar el nuevo día…

Capítulo 6

De Irene… o de las segundas oportunidades

"El perdón es una decisión, no un sentimiento,

porque cuando perdonamos

no sentimos más la ofensa, no sentimos más rencor.

Perdona, que perdonando tendrás en paz tu alma

y la tendrá el que te ofendió."

Madre Teresa de Calcuta

1

El otoño ha llegado hace unos pocos días. Pinares muestran sus ramas descarnadas sobre la calzada sin tratar de la Ciudad Real de los años setenta. Al alcanzar los jardines del Prado, enfrente el edificio cuya planta primitiva, románica, enciende con sus gritos de historia y belleza, de gótico, la catedral de nuestra Señora del Prado, sus brazos elevan sus plegarias entre neblinas suaves del mes de noviembre cuando vuelve Claudio de la compra, transitando por la calle de la Morería.

Sus pasos cansados pero habituales recorren los últimos metros antes de llegar a casa, haciendo ya esquina con la calle Postas. La boina, bien ajustada, para protegerse del frío y, en su mano derecha, colgando de una bolsa la compra que Irene le ha encargado. De ojos grises, casi velados por las cataratas, apenas atina con la cancela. Cerrada la puerta, casi sin oírla, presiente la figura encorvada de su esposa. El corazón de Irene se llena de latido sin que aún él repare en ella, mi pequeño cardenalito. La artritis, incluso, cede un poco en su dolor y sus manos atinan con los apaños para el próximo guiso de carne estofada. Gestos, que imperceptibles para los demás, son el pequeño milagro que saca adelante sus vidas…

Aún sin barrer, hojas y alguna que otra mata de espliego o romero crepitan y revolotean entre los escasos transeúntes emborronando de verde y gris escaparates y edificios del centro de la ciudad.

2

Arrancando el mes de noviembre, una mañana, con las primeras trenzas de sol entre los encinares, robledales que suben por la cuesta, desde la catedral, al Seminario, en dirección a Porzuna, Claudio alimenta a gallos y

gallinas con las manos llenas de heridas cicatrizadas y callos en una corrala que el padre de su padre les dejó hace tiempo.

De regreso, ya el sol asomando tímidamente por hermosa cúpula y palmeras de San Pedro, Claudio se topa con un grupo de vecinos en frente de su casa en torno a un cesto con un edredoncillo y gasas en cuyo interior llora desaforadamente un bebé. Irene, que aún se encuentra en el interior, asoma por fin entre tanto transeúnte curioso, su rostro de facciones endurecidas al recoger el cabello cano en un moño y vestidura enlutada, y se le ilumina la expresión teñida de lágrimas al sostener la cesta que inmediatamente toma de sus manos Claudio y reconocer la caligrafía de su hija, Laura, haciéndola por un momento volver sus pasos más jóvenes a la ciudad de Almagro que vuelve a llenar de sol y paseo sus ojos hoy ya oscurecidos por la presbicia.

Una Irene joven, atractiva y un poco alocada por aquel entonces, del pueblo de Miguelturra, se había enamorado locamente del médico del pueblo, natural de Almagro. Con el candor que da la juventud, no escuchó a padres, amistades y familiares, escapándose con él a una casita que alquilarían próxima al palacio de los Fúcares en la ciudad renacentista. La plaza resolvía de historia y de cultura, con su enjambre de actores y público al llegar el mes de julio, cuando ambos amantes encendían de latidos y compromisos eternos arboledas, tejados y las declamaciones de actores donde Calderón y Lope eran desempolvados de la historia para enredar con sus versos esta tierra y cielo manchego sobrevolando cepas, trigos y mieses prontas a la recolección.

La llegada del otoño, como este que la atenaza, la había encontrado con un niño no deseado, en realidad una niña, huyendo de la casa próxima al palacio de los fúcares y torciendo hacia la Iglesia de Madre de Dios sin que la Virgen de las Nieves pudiera darle la respuesta que ella esperaba o buscaba. Irene, con las orejas gachas, acabaría volviendo a casa de los padres quienes aceptaron su vuelta a cambio de que ellos se hicieran cargo del bebé y de que ella se marchara del pueblo. No aceptaban, ayayay, vivir con la deshonra de su hija. Ellos podrían darle un hogar y una alimentación adecuada. “Una joven madre sola”. “Una joven madre sola.” “Una joven madre sola…” Estas alas negras siempre la acompañaron en los años posteriores, sin que su relación y matrimonio con Claudio pudiera limpiar su luto, luto que de alguna manera siempre la acompañaría.

Ese latido asoma a sus ojos su nueva huida ante la nota de Laura. Las letras donde su hija le describe que no puede hacerse cargo de su hija y que por tanto se la deja a ellos, renace todos estos latidos que había llevado a cuestas, y que en esta mañana de diciembre el sol ya ciertamente a la altura de la Calle Morería, sacude convulsamente su rostro, manos y ojos con las manillas, ojos y primeros lloriqueos de su hija

Jacinta antes de dejarla para siempre.

Ya inicia el revoloteo de los niños provenientes del colegio público Carlos Eraña cuando viandantes van abandonando la puerta del hogar de Claudio y Jacinta, introduciendo a la hija de Jacinta en su hogar y abriendo una complejidad de explicaciones que ha de dar a su esposo Claudio.

3

Al día siguiente, los primeros nimbos de noviembre alcanzando con sus golosos dedos la torre barroca de la catedral, restaurada a comienzos de mil novecientos, Claudio, como todas las mañanas, sale a dar de comer a las gallinas, en su corrala, a hacer la compra... y a traer algo de ropa, pañales y leche para la niña.

Al volver a casa, una sonrisa rompe leve el amanecer de tus labios cuando vemos cómo las manos de Claudio cambian los pañales del bebé y lo visten, con torpeza. Don Juan, el sacerdote, y varios encargados municipales tratan sin éxito de contactar con la madre de la niña.

El anochecer les sacude nuevamente, con edredón gélido de estrellas, aún sin la polución que años más tarde oscurecerá su luz, ratoneando entre las callejuelas de casas y fachadas blancas de casas de la localidad ciudadrealeña de mil novecientos setenta. Irene continúa sin ser capaz de hacerse cargo de la niña. La culpa la carcome igual que la artritis le ha descarnado, con los años, manos y huesos. Su miedo sólo se interrumpe en los momentos en que Claudio aparece por la puerta.

La lluvia con que regala el recién amanecido mes de diciembre emborrona y golpea cristales y alféizares, al tiempo que horada aperos y útiles que Claudio empaqueta durante estos meses para cuidar de la lluvia. Irene, sin poder abandonarse al sueño, se pregunta cómo Claudio puede estar ahí tan tranquilo; cómo puede perdonarla sin que ella se haya perdonado a sí misma; cómo las sonrisas de su nieta, cual lluvia de primavera, cuando la atiende Claudio, cómo sus primeros balbuceos pueden clavarse en ella como esos gotones de lluvia sobre el cristal próximo a su cama. ¿Cómo no estuviste allí antes? ¿Por qué no me defendiste de mí misma? –dirige en silencio a Claudio, cual letanía que la oprime a cada sístole y diástole y que sólo se interrumpe luminosamente cuando un barrunto de la palabra Claudio, Crodio, se escapa de la boca de la niña a media noche deslizándose entre muebles, aperos y evaporándose entre la torrencial noche rumbo hacia ese cielo que lleno de nimbos obsequia con su mar a la localidad ciudadrealeña.

4

La verdad es que, con el paso de los días de diciembre raleando de niebla y azogue calles y farolas de esta localidad ciudadrealeña, la madre no da

señales de vida. Una mañana, tejados y pinares acezados por cirros, Irene y la niña esperan escuchar los pasos de Claudio antes de abrir la puerta. El galgo que suele acompañarle en algún que otro paseo raspa con sus patas la reja impaciente. Impaciencia que se vuelve gruñido ante la presencia de dos policías y personal médico. Su marido ha sufrido un ataque al corazón por lo que se le ha ingresado urgentemente en el hospital Nuestra Señora del Carmen. A pesar de todos los esfuerzos Claudio ha muerto.

Los labios de Irene tiemblan sin alcanzar a pronunciar palabra alguna. El médico la coge del brazo, la lleva a un sillón y le toma la tensión. Irene asiente a todo sin escuchar nada de lo que le dicen. Muerto es una lazada rígida que la precipita muy hondo sin que las palabras de policías y médico la alcancen. Muerto es un hechizo que la separa de la presencia silenciosa y llena del anciano.

Cuando se marchan, la casa aún más sola y aterradora, en sus manos queda una tarjeta del médico por si necesita ayuda. Los tejados de esta aún pequeña localidad, donde las cigüeñas comienzan a abandonar sus hogares, se pueblan de la sombra del invierno cuando Irene y nieta se despiden, junto a todo el pueblo, en el entierro de Claudio en el cementerio municipal. El regreso a casa, cruzando una de las puertas, la puerta de Toledo, a la antigua fortificación que rodeaba la localidad durante la Edad Media como forma de hacer frente a las órdenes militares, especialmente la de Calatrava, la lleva por la calle que recibe el mismo nombre, hacia casa, haciendo una breve parada en el Convento de la Merced, de planta jesuítica, dejándose llevar por las palomas que revolotean ajenas a su dolor.

5

Transcurren los días como latidos dolorosos donde entre sombras apenas percibe los detalles. Algunas escenas quedan grabadas en su mente, como la imagen de un Claudio sin vida en el tanatorio; como su ausencia dolorosa en todas y cada una de las actividades que vendrían después; como la ausencia del beso latido que Claudio le daba; como la ausencia de las manos de Claudio cambiando el pañal… Sólo los sollozos implacables de la niña la sacan de su ensimismamiento. Pero no quiere, no quiere mirarla. No soporta escuchar sus sollozos e insiste una y otra vez a don Juan, el sacerdote, para que los servicios sociales se hagan cargo de su nieta. Que ella es sólo una anciana que no puede ni quiere ocuparse de nadie.

Las primeras heridas de nieve de diciembre hienden tejados, aceras y empedrado de la calzada que extiende su arranque hacia la calle Morería, cuando una mañana suena el timbre de su puerta. Reconoce a uno de los médicos que la atendió cuando le informaron de la muerte de Claudio. La voz de Rafael, así se llama el médico, la saluda sin apenas rozarla

mientras asiente pasivamente y le deja pasar.

En el interior, Irene prepara la cafetera, la llena a ciegas de agua y le coloca el filtro de papel. Rafael repara en la niña que descansa adormecida en su cuna. Irene, sin dejar de preparar las tazas y la bandeja para trasladar todo a la mesa del salón, le saluda con que está pendiente de que los servicios sociales se hagan cargo de la niña. Sirve el café y le pregunta que con cuánta leche lo quiere. A continuación le acerca el azucarero para que él se sirva. Él se sirve dos terrones y comienza a dar vueltas al café para disolver la azúcar. Unos sollozos les interrumpen por un momento. Irene, sentándose junto a él, no puede evitar alisar una y otra vez las haldas del hule con sus dedos descarnados. El médico, mirándola con serenidad, se levanta y toma a la niña que mece entre sus brazos.

Irene casi echa a verter el café en la bandeja. Algo en los movimientos del médico la despiertan de su ensimismamiento. No, no era la calidez y el alma de Claudio que tanto la había acompañado en sus años de matrimonio. Las manos que mecen con suavidad, casi sensualidad en su fineza, a la niña. La forma de susurrar y de cantar quedamente una nana con cierto deje grave. Los ojos amplios con ciertas llamitas en su color negro. Un pequeño susurro escapa de sus labios… Fernando, el médico, asombrado al oír el nombre de su padre, la coge por los hombros para comprobar si está bien. No recibe ninguna respuesta lógica.

El médico se marcha de casa, dejándola a solas con sus recuerdos. Fernando, Fernando, Fernando… son alas que revolotean con sus aún leves cuchillas en el alma de nuestra Irene conduciéndola al Corral de Comedias o al Claustro de los Dominicos, donde sus risas se unen a las del médico en una obra de Rojas Zorrilla, o de Alarcón, o de los Álvarez Quintero en la renacentista ciudad de Almagro.

6

Los primeros adornos pueblan de Navidad nuestra pequeña localidad vistiendo de belenes iglesias y la plaza del Ayuntamiento. Rafael, con excusa de llevar ropa para la niña y alimentación adecuada, multiplica sus visitas el hogar de la calle Morería. Le preocupa, así lo reconoce interiormente, la salud emocional y mental de la anciana. El recuerdo del nombre de su padre, ya muerto, en labios de la anciana, reconoce que le preocupa sin saber por qué.

Una pequeña vida, mi fiel castañuelas de los renos de Papá Noel, puede convertirse en el engarce que une dos vidas. Los villancicos y las primeras nieves menudean de Navidad caras y abrigos en las calles. La ayuda de vecinas, de don Juan Sánchez, el sacerdote, y de Rafael permiten que la

niña salga adelante.

El médico consigue con su atención solícita y arrullos encender hoyuelos de sonrisas en la niña. Pedorretas y risas niñas se hacen asiduas entre fogones y cacharros de la cocina mientras Irene prepara los purés y la comida que ha aprendido disfruta el médico. Algo, sin que aún Irene se sincere, acaba por conmoverla. Las primeras luces que entran por el patio trasero no son ya una molestia de la que esconderse con las sábanas. Los cuartos y la cocina se llenan de las sonrisas y las primeras palabras de la niña. Plancha y lava vestidos de colores con que salía con Claudio.

Espera cada día la llegada del médico. Asea, cambia a la niña, calienta el biberón, le da a comer el puré. Le cuenta de Claudio, Crodio aún en las primeras palabras con que le regala la niña. Le cuenta de cuando tuvo a su madre. De lo guapa que nació. Cada palabra y cada hecho desprende de sus ojos y de su corazón un latido de desánimo y se encuentra tarareando entre tarea y tarea algún que otro villancico. Tiene fuerza hasta de poner el belén que junto a Claudio siempre engalanaban de cariño y compañía.

La virgen reposa, el rostro ajado por el cansancio y por el parto, reclinada sobre la cuna donde pajas resguardan al niño recién nacido. Irene abraza, besa y enciende en su nieta por fin el amor, la ternura, la atención que hace mucho tiempo no pudo dar a su hija Laura.

7

Hay un rumor de villancicos, lotería de navidad y panderetas que recorre hogares y calles de esta Ciudad Real aún de casas, fogones y braseros de picón. Las campanas a un tiempo de la Catedral, de San Pedro y de la románica iglesia de Santiago zambullen de alborada y plegarias que provienen del cielo las calles iluminadas por un tímido sol que renace en las ramas de alerces, encinas y palmeras. Claudio parece besar, en esta mañana de Navidad, las mejillas adustas de Irene con las manillas revoloteadoras de la niña y parece encender el hogar con su presencia cálida a pesar de que él ya no se encuentra allí, cuando tocan al timbre.

Rafael, con una gabardina y su hijo de la mano, “Irene este es mi hijo, Toñín, esta es la mujer de la que te he hablado”, la saluda desde la puerta. Sin darle tiempo a responder, después de las felicitaciones, cogen el carricoche de la niña y los apaños y se llenan de Navidad y de los tímidos rayos de sol que se cuelan entre tejados y arboledas. Alcanzan la plaza del Pilar, donde la gente se ha reunido para cantar villancicos y entre villancicos y villancicos llega la hora de comer en que Irene expresa la necesidad de acudir a sus fogones para que todos coman. Es entonces cuando Irene se reconoce en unos ojos que son los suyos con más juventud, es entonces cuando esa joven alocada que recorría las calles de Almagro se le presenta en gabardina azul, en cabello castaño que se

desgañita entre sus hombros, en unas manos finas que acuden a los ojos porque es imposible cerrarse más a la verdad…

"Laura" es un murmullo, apenas un gritito que sale de sus labios… "Laura" es una lluvia de primavera, de jacintos, lirios e hibiscos cuyas palabras revolotean entre el Quijote que a caballo, enseñoreando la plaza del Pilar, abre los portones para arrancarse a la aventura… Los porqués, las explicaciones de sus partidas, de su culpabilidad, de su falta de perdón son el chocar de espadas, el voltearse y caer de las monturas…

La tarde, de regreso a casa en la calle Morería, les regala la imagen de los reyes magos al trantrán de esta noche mágica del cinco de enero, procedentes de la calle Alarcos y rumbo calle Montesa, para acercarse, más tarde, a cada hogar que enciende sus pequeños candiles para recibir los regalos, para recibir esas bicicletas, esos castillos medievales, esas muñecas, esos tebeos de Mortadelo y Filemón, de Zipi y Zape, etc.… Rafael y su hijo, Toñín, testigos secundarios de la confrontación, se despiden hasta pronto, no sin antes recibir las gracias, miles de gracias, por parte de Irene y Laura y prometer por su parte que llegarán mañana con regalos para la niña. "Que no, que no" –exclaman al unísono madre e hija, que hace volver por un instante la cabeza al médico.

La noche se cierne sobre el hogar de Irene y Claudio, encendiendo con sus pequeñas guirnaldas de luz el pesebre junto al que la pequeña dormita plácidamente. Madre e hija, desarmadas, doloridas, llenas de moratones el alma y los ojos se abrazan en silencio… Quizás los días siguientes las palabras vayan naciendo y renaciendo florecidas… Hoy sobran… Irene llora porque es consciente de cuánto ha necesitado a su hija. Llora por el médico que no fue capaz de quererla. Llora con los ojos, manos, latidos y sonrisas de Claudio, revoloteando dulces en la cara serena y adormecida de su nieta, Claudia, ahora sabe el nombre… Jacinta llora por poder nombrar una y otra vez a su madre; llora porque esta mujer demacrada, anciana, frágil, le ha devuelto una madre que creía perdida para siempre; llora porque en el perdón que entrega generoso a su madre se perdona a sí misma…

El seis de enero las encuentra así abrazadas y recostadas en la cama de matrimonio sin desvestir. El sol que tímido las besa entre visillos, ladrando a la mañana los galgos, festeja la victoria de este hogar, las victorias de los pequeños hogares de esta villa llamada Ciudad Real, sin que queden recogidas en prolijos manuales, como hace no mucho repasaba aperos, ventas y grandes porciones de tierra cuyos frutos, la vid, el trigo, el cereal y el aceite, saludaban al egregio hidalgo don Quijote acompañado de su fiel escudero Sancho Panza…

Capítulo 7

Del diario de una agresión

Una mañana de domingo el protagonista sale a disfrutar de una jornada de senderismo con sus hermanos. No es consciente que el maltratador, un agresor lleno de resentimiento y rabia, ha preparado conscientemente la escena donde se ensañará con el protagonista. El escenario, el ascensor. El comienzo, un grito de guerra:"te voy a matar". Basado en hechos reales, espero que te ponga la piel de gallina como me la pusieron a mí los sucesos y el relatarlos.

1

“Te voy a matar, te voy a matar”

Las palabras vuelan esta mañana de domingo. Quedan aún tictacs por recoger. He oído como una puerta, la de vuestro domicilio se abre y os he esperado para que os pudierais bajar tu pareja y tú en el ascensor conmigo. Como una exhalación, los ojos inyectados en sangre, te interpones entre yo y la salida.

Esa mañana de noviembre, el sol rompiendo levemente entre leves estratos deslavazados en el cielo, la carrera popular que se celebra en Miguelturra, tus palabras escupen odio y resentimiento. El ascensor ha iniciado su bloqueo de la puerta para comenzar su descenso. “Tienes un juicio pendiente con María por haberla empujado”. Es lo único que me da tiempo a decir.

Vanas palabras que no pueden conjurar tu ataque premeditado largamente.

Durante tiempo descubro después que has esperado con paciencia y con deseo de venganza el momento para cogerme a solas. Ahora por fin, este domingo sin apenas inquilinos en este bloque de la comunidad de la calle de Peralbillo: dos propiedades son de uso comercial; y el vecino, el más próximo al ascensor, está en Santo Domingo con su mujer.

Es el momento de mi sacrificio, piensas, es el momento de lanzar las semillas con toda tu rabia en tierra. Qué fácil es romper la fragilidad del cuerpo ajeno para vengarte no sé aún de qué arcano crimen.

Con tus treinta y tantos años, con tu cuerpo confeccionado en un gimnasio, movimientos de kárate, el primer puñetazo se dirige justo debajo de mi ojo derecho. Yo con mis galas sólo de maestro y de payaso.

Sé que eres zurdo. Mis gafas se quedan colgando y las cojo para que no se rompan.

Golpeas más mi rostro antes de rodearme y comenzar a asfixiarme en el cuello al tiempo que pegas un puñetazo y otro sobre mi cabeza.

Aún escucho tus insultos a mi mujer, a quien llamaste gilipollas cuando llegamos una noche de julio, hace cuatro años, los ratoncillos de las nubes sorbiendo a besos el castillo de Santa Cruz de Mudela, a casa y llamaba a una de nuestras gatas. Lobita, era Lobita. Aún escucho el aporreo de la pared con lo que era un anticipo de toda tu rabia, de todo tu dolor. Aún recuerdo el empujón que acabó con mi mujer dándose con la cabeza en una esquina y un fuerte hematoma y mareos.

Por accidentes del destino nuestra gata, esa misma que llamaba mi mujer, dio en llegar correteando por el tejado rojizo de nuestras viviendas, hasta la vuestra. Os presentabais, en casa, como buenos samaritanos. Yo no podía, no puedo olvidar las semanas que mi mujer se me caía al suelo por el golpe que se había dado contra la pared. El médico había registrado todos esos datos a las dos y media la noche. Y en posteriores visitas.

¡Socorroooo!

Me resisto. Con mi cuerpo de cincuenta años. Me resisto por un tiempo. Hay algo que me estremece por fin. Sé que nada te va a detener. A pesar de que los golpes son sabios. No buscas romperme ni hacerme sangre en un principio. Sabes que eso constituiría un delito.

Sólo por ahora. Sólo por ahora.

Me aferras con las dos manos el cuello y por un momento desfallezco. Estoy en el suelo. Hay mariposas que sólo la vida puede echar a volar. Mi fragilidad, la fragilidad de este cuerpo de cincuenta años, es consciente y comienzo a pedir socorro.

Comienzas a pegarme palmetazos en la boca y en los labios para callarme, para amortajar con tus puños mis palabras, mis latidos. Socorro a pesar de tus palmetazos comienza su vuelo afónico pero lleno de alas propias.

El ascensor que habías sabiamente dejado en pausa para que no se moviera, abre sus puertas, y entra una mujer que no reconozco, que pienso que es mi salvadora, que se queda mirando cómo me pegas puñados en el rostro y sobre los labios, cómo me pegas puñetazos en la cabeza y se marcha.

Esa misma mujer que el día del juicio cuando me la crucé con el coche sonreía como poseída por el mismo diablo. Esa mujer que en el pasado

me había pedido ayuda para pedir como propietario los desperfectos del piso, esa misma mujer que se había casado con un heavy, que a pesar de poner la música a toda pastilla, era buena muy buena persona.

Disculpa, no te detengo, que tienes que comenzar a pegar patadas en mis costillas. Pero deja, deja que este grito, que este humo salga por el pebetero de mis labios y de este pasillo. Deja, deja que este humilde lamento, rompa la noche de tu ira y me conecte con los míos, con María. Con mi mucha María.

El ascensor que habías sabiamente dejado en pausa vuelve a abrirse para mostrarme cómo llega la caballería. María, con el cuerpo estremecido de ansiedad y preocupación, corre hacia mí a toda prisa con Lupita a su lado. Tú, maltratador, has comenzado a pegarme patadas con tu zurda, por supuesto, sobre las costillas laterales derechas.

Me sueltas por un momento. Y me das tiempo a duras penas a comenzarme a incorporarme.

En ese instante, María que ha escuchado mis gritos afónicos de socorro, sale de casa, pensándome ya de paseo con Prado y Paco, mis hermanos, para descubrir cómo tú maltratador estás vendimiando el fruto de mis latidos. Cómo a fuer de puñetazos en la cabeza y patadas en las costillas quieres sembrar de latidos esta ciudad que me vio nacer, al lado de la torre del Cristo, cómo a fuer de patadas en la misma cabeza quieres renacerme de nuevo, semilla. Cómo quieres que esas alas que he creado en los adolescentes, cómo quieres que lo que he trabajado durante toda mi vida, se siembre en vida para volver a nacer.

María, comiéndose el miedo que se la ha tragado la friolera de veinte años, ha intentado intermediar, siendo obstaculizada primero por esa mujer que abrió la puerta del ascensor y que es tu pareja. Segundo por ti que le pegas un tortazo tirándola al suelo.

-Su Señoría, yo soy incapaz de pegar a mujeres. Si doy clase de defensa personal a mujeres maltratadas.

Me hubiera gustado que el juez viera el gesto de frotarte las manos que enseñaste a esa misma María que de un tortazo, por segunda vez tiraste al suelo.

-Su Señoría, yo tengo una página web donde se me reconoce perfectamente.

Su Señoría….

El dolor vuelve sobre tus palabras, aleteando sobre mi cuerpo vencido.

Vuelves sobre mí. Ligeramente incorporado y continúas castigándome las costillas, pegándome nuevas patadas.

María…

3

sólo tú y yo vencidos, querido maltratador

Momentos después María se quebrará en la sala del hospital, mi querido maltratador, se quebrará, viendo mi cuerpo vencido, viendo los bultos que hay en mi cabeza, viendo el moratón que mis labios y mi ojo muestran.

-Señoría ese día estuve en Palencia con mi hermano. De verdad. Si mira en mi historial sabrá que no tengo ningún antecedente.

El juez de primera instancia mira una y otra vez las fotos de tu obra, querido maltratador. Mira el informe de la forense que muestra que ha habido realmente un ataque multilesivo.

Con tu cuerpo lleno de chulería, lleno de rabia, aún, te regresas al hogar propiedad de tu pareja.

La puerta queda cerrada, no sé si para siempre.

La vida nos ha escogido a ti y a mí, querido maltratador. Tú has querido sembrar, en tu danza de kárate, el suelo, con los latidos de este humilde maestro. Tú has querido así mismo callar la voz de este hijo de Paqui y Prudencio para siempre. Tú no sabías, mi querido maltratador, que hay cosas en la vida que no se pueden acallar.

Tú no sabías que las palabras, al igual que los latidos, muestran en tus ojos la imagen de un hombre, este ridículo payaso, vencido físicamente. Mis ojos, por otro lado, muestran los ojos de un hombre vencido por el dolor, por la rabia, por la violencia.

El cielo de Miguelturra se abre con su celaje de otoño y las rosas de mi María y de este humilde maestro, todavía no, todavía no reza mi madre desde el cielo

Capítulo 8

De Mamá Elena y su retoño María

"Los milagros suceden a diario. Son consecuencias permanentes del amor en acción."

Madre Teresa de Calcuta

1

Hay aún un rumio de cielo, una herida de estrellas, una sonrisa de luces que una a una se enredan con las nubes golosas y el inicio de aleteo y azoramiento de las aves, arrebujándose en sus edredones de luz y sueño. Hay un grito de latidos que recorren, justo al ir desperezándose el sol, la fachada renacentista de la universidad de Cisneros y, a través de la calle Mayor, se emocionan, castañuelas, al alcanzar la plaza principal, donde se alza altanera la Magistral de Alcalá de Henares.

Las cigüeñas, desenredo nuevamente para ti, pequeña golondrina con corbata de primavera, los acordes de este relato entretejido de noviembre que viste de gris y ceniza plazas y calles, recogen ramas, esquejes y nidos. Todos los seres vivos, humanos o no, reaccionan cuando un ser de luz como la protagonista de este relato viene al mundo. Las hadas, seres juguetones y pinceles que timbran de color y latido cada rincón de Mamá naturaleza, llaman a las personas como ella Eincidae, madres siempre con sus lullabys y sus hatos de luz dispuestos.

Nuestra pequeña, que se llama María, ya en su nacimiento en el Hospitalillo de esta renacentista ciudad, pierde a su querida mamá. Ella no lo sabe hasta pasado muuuucho tiempo. Su mamá Elena despliega las alas de su alma y se encarama en cada una de las nubes hasta saludar a los espíritus de luz que acaban llevándola al Papá bueno. Ella, mi fiel intérprete de acordes incluso de los de partitura de violín, no quiere, se niega, mientras hasta ella llegan los primeros berrinches de su bebé recién nacido, con todas sus fuerzas, a ese vuelo. Su almita se agarra a las manitas de su hijita, a ese coche cuna con que se observa paseando entre el convento de las Bernardinas o Clarisas y el jardín botánico mientras le explica pacientemente cada lugar y donde su risa se une a los gorjeos de María que se enredan a los otros coche-cunas, carricoches o patinetes de los más niños.

2

En un barrio humilde de Alcalá, allá por donde se cruza el raíl del tren, María crece, sin saberlo, con una mamá que no es su mamá en una familia numerosa, con tres hermanos y cuatro hermanas. Su sonrisa llena

de mariposas blancas manotean a duras penas entre la necesidad, la oscuridad y el deseo de amor, siempre de amor… sin que una madre los llene, sin que unos brazos y arrullos de amor los serenen… Cada lágrima de amor, cada sonrisa truncada, cada castigo de su madre durante tantas noches no son capaces de apagar las luces de su corazón que, a duras penas, recoge en sus primeras cuartillas.

El ceniciento invierno remonta el río Henares con sus dedos de frío y grito de niños. El arroyo, arrimándose a la sombra de alerces y pinedas, sonríe tibiamente al atardecer con luciérnagas de luz, con dríades, las hadas de la naturaleza y el bosque, que escuchan las lágrimas y heridas de nuestra María y sus nanas de necesidad de hogar, y remontándose sobre el cielo, donde se observa vigilante la parroquia de la Ascensión, suben al Papá bueno de las haditas, para contarle de nuestra protagonista.

El Papá bueno, encendiendo las primeras ascuas de primavera, y tulipanes, en los jardines y parques de nuestra Alcalá, no entiende, claro que no entiende, igual que tú, pequeña atleta defensora de los seres más débiles, que la familia que había escogido con amor ante la pérdida de su mamá, no la atienda debidamente. Sus ojos se llenan de rabia e incomprensión, también de lágrimas, ante la desatención a una niña y llama a la madre de la niña quien no ha, por supuesto, olvidado el amor a su hija, quien por supuesto, en sus brazos, pecho y regazo late con fuerza cada latido, cada necesidad, cada lágrima de su hijita… El Papá bueno le habla, llora, jura y perjura que no sabía, que no podía saber que la familia que había cogido pudiera abandonar tanto a un ser tan amoroso y tierno; le pide que lo perdone, que en ningún momento había sido su intención, que la niña necesita a una madre, que los rayitos de luz llegan hasta Él desde el viejo tocón que recoge sabia y latido de las heridas de la pequeña María.

Mamá Elena, nuestra mamá, luz de aurora y poniente sonrosado entre montañas, no deja que acabe; exige que quiere estar con su hijita quien necesita una madre, quien necesita unos brazos que la acojan… igual que un bebé de cigüeña, como tantas veces había contemplado ella misma, en los campanarios cuyo alegre ramoneo se escuchan entre el torno del claustro.

3

Te preguntarás cómo fue la vuelta de la mamá, quien había dejado el plano terrenal al subir a los cielos. Las hadas, como no puede ser de otra manera, le regalan todo un armario de prendas élficas que nuestra mamá se prueba presumida en la primera nube que por allí pasa. La lluvia tintinea con fuerza de febrero paseos y empedrados de nuestra ciudad, por la calle Libreros, cuando Elena alcanza el cuarto oscuro donde, cual Cenicienta, aún se halla María emborronando con letras y lágrimas unas

cuartillas.

La madre la encuentra totalmente desatendida, arropada con el frío de febrero, llena con tan sólo aire por la falta de alimentos. El oxidado y quebrado orinal emponzoña con el último pis o caca la oscura habitación. María, afiebrada, llenos de heridas los labios, percibe como un sueño la luz que asoma tímida por entre la puerta entreabierta. Mercedes, la madre adoptiva, se ha ido, y no hay nadie de sus hermanos o hermanas en casa.

Trémula, reducida en su disfraz, Elena abre sus brazos para proteger a su hija, como tantas veces había hecho en el cielo; pero sus brazos de hada no le permiten alcanzar a María, aún confusa por esa luz que parece revolotear a su alrededor. Furiosa se marcha increpando a las hadas. ¿De qué sirve ser hada sino puede abrazar a su hija? La principal princesa de las hadas le responde cómo las hadas atraen a los seres humanos con un canto más íntimo, cómo se sirven de cada elemento de mamá naturaleza, lo que los seres humanos han dado en llamar poesía para comunicarse con ellos…

Los siguientes días, aún inquieta por la tristeza de María, aún inquieta por esas heridas que aún no alcanza a saber curar, persigue a cierta distancia a su hija quien se dirige al paseo de las vías, lo cruza y se dirige al parque O'Donnel. Allí corretea hasta alcanzar su viejo tocón y aovillarse en él. Cuando comienza a aquietarse en el duermevela del sueño, Mamá Elena la envuelve, como le ha enseñado la princesa de las hadas, en el viento cálido de poniente y la cubre de las hojas heridas de poniente sonrosado de encinares y cedros que rodean el paseo. No encuentra ninguna flor con que serenar con dulzura y perfume sus sueños, pero emplea el espliego y la milenrama para acunándola suavemente arrullarla… Nuestra protagonista duerme por primera vez llena de una calidez y de una paz que la habrá de perseguir de por vida, mi pequeña niña también necesitada del manto de estas palabras, sísisisisis…

4

Numerosos paseos hacia el arroyo donde se arrodilla para iluminar sus manillas con los colores sonrosados y magentas de los peces que durante un tiempo abundan en ese lugar liberan a María del sueño de la infancia para enredar en sus trenzas de adolescente y belleza almendrada cada signo que su madre Elena siembra paciente y con amor en ella. Niña-mujer emborrona sus cuartillas con lecciones que le da su madre; niña-mujer se prepara, con el grito locuelo de la nieve, asomándose a los ojos de esta ciudad renacentista, para ir al instituto; niña-mujer prepara sus alcuzas para esperar al príncipe que habría de rescatarla de ese hogar; niña-mujer se encierra en el aseo del instituto de bachillerato, Alcalá-Nahar para quitarse la vida y acabar con cada una de las heridas por

donde se le escapaba la necesidad de amar y ser amada.

Elena, mientras una compañera de María, acude en su ayuda, mientras una de las profesoras entra en los lavabos para rescatarla, acude una vez más a la princesa de las hadas… Se arranca cada prenda prestada por las hadas, se arranca cada perfume de azahar y albahaca que la han prendido… No entiende, no puede entender, cómo alcanzar a su hija; no entiende, no puede entender, cómo hay personas cuyo desamor martirizan y enredan a las más débiles… La princesa de las dríades, alcanzando a nuestra mamá, en su belleza y en su grato y envolvente perfume, acaba por concederle hablar una vez, sólo una vez con María en sueños… antes de volverse con las dríades celestes.

La primavera enciende con sus pétalos de gualda y almendras garrapiñadas cada paseo, cada plaza, cada convento, cada parque, así hasta llegar a la plaza Cervantes. Elena se contempla a sí misma volviendo a pasear con su marido Antonio de la mano. Ensoñadores, cayéndoseles la baba de los labios casi, y sin casi, ensayan sus paseos con su Mariiita; o esperanzados conducen a una Mariiita a la universidad Cisterciense donde se doctorará en Historia del Arte; o como papá y mamá discuten qué galán será quien les robe a su hija, para ellos siempre su pequeñuela desenredando sus piruletas de luz y sabor en la plaza Cervantes, frente al Corral de Comedias alcalaíno.

Elena decide en qué momento hablar con su hija para dejarle su mejor regalo, para dejarle el latido, para dejarle su sonrisa… Los años pasan y María, su Mariiita lozana y reguapa, conoce a un galán que llena de gañidos y alas de princesa sus sueños, aún tan niños. Sus experimentados ojos de madre reconocen el disfraz de un mal príncipe nada más verlo. María enciende en la escuela taller de Alcalá y especialmente en el Paraninfo su amor por el arte, su amor por la revelación de la belleza pasada que prístina se ofrece cuando se conoce la técnica adecuada, la revelación de la belleza y de la historia pasada cuando el ser humano escucha el lenguaje secreto de las hadas que desde tiempo ancestrales enseñan cómo devolver la vida a las cosas…

Una tormenta de tierra envuelve el torreón de Santa María la mayor y los gritos de los alcalaínos cuando su príncipe presiona a Mariita para que abandone, para que deje ese trabajo… En sus labios, una consabida excusa o justificación, mi pequeña, con su trabajo es suficiente…; no es necesario que ella trabaje. Grito de golondrinas y gaviotas, que con sus gañidos, prenden el vestido de novia de María que la va a casar con su príncipe, con su príncipe soñado… Es entonces, es entonces, cuando Mamá Elena decide que ha llegado el momento.

Recorre cada rincón, cada grito y perfume de albahaca, de olivar, de cedro, cada vuelo de mariposa, cada nidada de cigüeña e imprime, con sólo la sabiduría y el buen hacer, de las hadas en su memoria cada latido. Elena recorre el convento de las Clarisas, el de las Bernardas, para imprimir asimismo el olor a almendras garrapiñadas… Recorre cada paseo que dio con Antonio, su marido, para imprimir en su memoria, la belleza y pasión de su hombre, como a ella, le gusta decir; para imprimir cada uno de sus sueños y esperanza… Con cada latido recogido, con cada perfume grabado en su memoria, comienza a destejer…

"Querida María…

No tengo mucho tiempo y he de escoger bien cada palabra, cada latido, cada signo de luz y esperanza con que despedirme, porque he de despedirme después…

"No puedo prevenirte contra las heridas que el presente y el futuro te traerán; no puedo abrazarte como tantas veces hacía en mi regazo cuando en él dormías plácidamente, ¿recuerdas? No puedo prevenirte contra el cuchillo afilado que se encuentra en el alma de unas personas… Me ha sido vedado el poder compartir contigo estos momentos, tus momentos tiernos y tus momentos menos tiernos… He dado, por el contrario, vueltas y vueltas por esta nuestra ciudad tan preciada para regalarte, para entregarte estos dones que habrán de perseguirte hasta que tú y yo podamos reencontrarnos de nuevo…

"Te traigo este tulipán, metáfora del amor perfecto, del compromiso… Así es mi amor y el de tu padre, Antonio, con el tiempo él acudirá a ti, con el tiempo ese testigo ajeno en tu vida, abrirá sus brazos para que le entregues tu amor, tu cariño, el amor de esta esposa a quien no pudo abrazar más porque se le escapó al cielo…

"Te hago entrega también de una ala de cigüeña… No dejes de abrirte nunca a tu niña interior… no dejes de escribir cuartillas con tu latido, con tus alas aunque heridas… Serás madre y sufrirás, como mi alma de madre, sólo puede saber, serás madre y en tu sufrimiento abrirás las alas… Lucharás para que el universo, las hadas, el Papá bueno, te hagan entrega de tu amor… No le des la espalda a tu amor… No le des la espalda al sufrimiento, míramw, ni todo el sufrimiento del mundo me ha apartado de tu lado… No lo hagas, vida mía con tus retoños…

"En penúltimo lugar te traigo este zapatito de cristal, sisisis… La versión, más aceptada, la de Charles Perrault, nos cuenta cómo gracias a él, el príncipe reconoció a su amada y vivieron por siempre felices… No es de todo cierto… Sí es verdad que hubo un zapatito, pero ni mucho menos fue de cristal, ni mucho menos hubo una calabaza que se convirtiera en carroza de fiesta… Nuestra Cenicienta, humilde modista de gran corazón y bondad para los que la rodeaban, prendía en cada vestidura un latido de

su corazón… Atraído por su leyenda y por su humildad un príncipe le pidió, disfrazado de comerciante, que le prendiera unos calzados para acometer largos trayectos… Cenicienta trabajó día y noche para fabricarle unos zapatos que no le hicieran herida y que le condujeran siempre a gente de buen corazón… El príncipe entonces se identificó, le dijo que unos calzados que había construido para su madrastra y hermanas se habían desatado de sus pies… y habían llegado a personas más necesitadas. Que él ya la había encontrado entonces…

"Querida Maríiita, este zapato te servirá para identificar al ser amado; para saber si es él. El zapato si el príncipe es de fiar le dirigirá a ti, una y otra vez, si no se marchará siempre en dirección contraria, sin comprometerse, sin haber conseguido imprimir en ti una huella de su amor…

"En último lugar, querida Mariiita…

En esos momentos Mercedes, la mamá adoptiva de Mariiita, la despierta porque es el día de la boda; porque hoy se casa con su príncipe azul… porque se viste de colores y se compromete en la iglesia de Santa María la Mayor… Hoy gritos de luz y azul ruedan por todas partes. Hoy, su padre Antonio una presencia secundaria, si bien sus ojos le buscan en todas partes, da el sí quiero… Hoy mientras su príncipe da el sí quiero, mentras se producen las fotos de la boda, mientras se sucede el convite… María, observa cómo su actual esposo en ocasiones, en que ella sólo se da cuenta no lleva ningún calzado…

6

Podríamos seguir el relato querida confidente, podríamos seguir con el maltrato que sufrió a manos de este príncipe, de la soledad que le tocó vivir tanto tiempo, podríamos seguir con el grito apagado en manos de la violencia, podríamos seguir cómo se aferró a sus dos soles hijos cuando estos vinieron al mundo… podríamos, sí, pero esa es otra historia…y recogida por cierto en el aclamado libro Zapato de cristal para Mariiita.

Te preguntarás, como todos nos preguntamos, cuál fue el último regalo que iba a darle su mamá antes de marcharse… Pero Mercedes, su mamá adoptiva, nos ha sustraído esa oportunidad…

Sólo deseo contarte, tú también pequeña hebra de la que se cuecen los sueños, cómo en cada situación de sufrimiento, cómo en cada situación de extremo dolor, vienen a nuestra María imágenes de su figura tumbada en un tocón, imágenes de grande yendo a la universidad, imágenes emborronando sus primeras cuartillas… Amor con aroma a fresno y cedro, a arroyo y hierbabuena prende el vuelo y, una y otra vez,

sobrevuela cada edificio, rincón y paseo de pareja enamorada en la plaza Cervantes…

Capítulo 9

De la secuoya y su inefable voz de otoño

1

Hoy, mi pequeña, quiero traerte este relato con su hato de hojas de otoño y de lazos de primavera, ya hace tiempo que lo escribí, pero creo que hoy enciende en el hogar su vuelo como no pocos necesitamos. Tu, Tabitha, niña pequeña en hebreo, fuiste el origen de todo, ahora lo sé. Hoy tu latido recorre estas páginas, con tu vuelo, con tu alma, con la mía a tientas, pero dejemos las palabras.

El relato sin necesidad de reinventarse comenzaba simple, muy simple. *Pequeñas y juguetonas borlas de luz se buscan, coinciden y se separan de nuevo entre las ramas de la enorme secuoya. Los duendecillos, junto con los elfos, suben y suben hasta alcanzar con sus pies y adiestradas manos las copas más pobladas.*

Secuoya, secuoya... Los labios degustan en silencio cada una de sus sílabas: -se...cuo...ya, se...cuoo...yaa...-, el dedo índice señala terco el punto de lectura y los ojos tratan de aprehender la textura y el color de sus hojas. Lo comparo mentalmente con el cedro, mientras tiendo la mano al estante para coger el diccionario. No sabría decirte en qué momento aparece, ni siquiera sé si este hurgar en la memoria me ha traído el recuerdo de tus ojos y de su paisaje: colina levemente encendida y árboles cuyas ramas apenas dejaban pasar los rayos del sol. Cierta presión sobre mis muslos me recuerda la deuda que tengo con la voz secuoya. Pero me dejo llevar con cierta nostalgia por la imagen de tus ojos, lugar donde –tú ya lo sabes- primero intuí y más tarde escuché, no sin cierto esfuerzo, la voz del río.

Un graznido me devuelve a ti, pequeña gaviota. Sí, aquí está la palabra. Viene a mí preñada de distancia y de kilómetros: Secuoya. Árbol de las coníferas, natural de California, que presenta unas hojas lineares y recias, agudas en la punta, y cuya altura puede alcanzar los cien metros.

"No intervenía nunca en sus juegos, ni aspiraba a hacer de juez en sus desavenencias. Y, por supuesto, nunca había osado abrir la boca cuando aparecían las primeras ráfagas otoñales y con ellas la despedida de los huéspedes cuyas risas y disputas habían alegrado sus noches estivales. Era triste, pero a la vez hermoso –pensaban los que tenían ocasión de presenciarlo- contemplar cómo el árbol se iba desnudando de sus hojas que se convertían en pequeños balandros a lomos del aire otoñal. Ni los duendecillos, ni los elfos –y eso siempre que encontraras a alguno a mano, puesto que los primeros siempre se hallaban ocupados en algo y los segundos podían pasarse varios días componiendo hermosas y

extrañas canciones- eran capaces de decir si la emoción que Él sentía era de alegría o de tristeza. A duras penas, y después de conseguir intimar con ellos durante el tiempo que duran dos o tres fuentes de hidromiel, dirían simplemente que era un árbol muy confortable y que estaban molestos por tener que compartirlo con los tramposos duendes (si era un elfo quien hablaba) o con los presuntuosos elfos (si era un duendecillo). Sólo después de la cuarta o quinta fuente comenzaría a hablarte del tesoro, el más secreto regalo, que aguardaba al vencedor que hubiera alcanzado la copa".

Por un momento, los ojos cerrados y el único sonido de tus sílabas, me hallo ante tu enorme tronco con el color de fuego. Giro la cabeza hacia arriba dejándome hipnotizar durante unos segundos por las borlas de luz que consiguen atravesar el espeso ramaje y que me incitan, como a un elfo o duendecillo más, a trepar por el fibroso tronco, a sortear sus intrincadas ramas y, por fin, a alcanzar, a la vista de su copa y del agradecido cielo, el soplo del aire, el preciado secreto que íntimamente ligo al río.

-¡Ah! ¿Conque aún estás aquí, pequeña gaviota?- Observo, un tanto extrañado, al diccionario que descansa en mi regazo –hace un momento hubiera jurado que no estaba- y extiendo la mano para devolverlo al estante, dejando en su lugar una sensación de vacío, como de corriente subterránea que por mucho que horade la tierra aún presientes su presencia. Me es fácil identificarme contigo, compañero Secuoya, Secuoya yo también sin la trenza invisible que une realidad y deseos, espectador tan sólo de las risas, sueños y cantos de mis propios elfos y duendecillos.

2

Quizás sea esta imagen la que me lleva de nuevo a tus ojos, Tabitha. Era sorprendente cómo al llegar la noche la colina levemente encendida de tus ojos se iluminaba por trémulas estrellas que se encendían y apagaban. Sí. Quizás era la señal esperada para que mis duendes, los pequeños duendes inquietos, salieran de sus escondites y tantearan dentro de mí, abriendo nuevos caminos donde entrara y saliera dulce la voz del río. Sí, tal vez fue amor. Tu nombre, nombre imaginado, nombre intuido del hebreo conjuraba los miedos y las ramas que nos impedían llegar a ambos.

Tan satisfechos estábamos de nuestros logros que nos olvidamos de esa presencia sonora y musical que había prorrumpido en nuestras vidas y que, lenta muy lentamente, había iniciado su huida de nuestras orillas, dejándonos a ti, llena de crisis y miedos, y a mí, ciego, incapaz de ver tus estrellas. No fui consciente, no quise ser consciente. Como un niño que se niega a que su árbol favorito pierda sus hojas, ya sea pegando tercamente las hojas a sus ramas de nuevo, o tal vez recortando con

cartulina un tronco y raíces que pinta previamente de marrón y, después, con los únicos límites que impone el sueño y el juego, recortando unas hojas que pinta de color verde y amarillo.

Hoy nuevos otoños han inscrito en ti y en mí diferentes obstáculos y palabras: otras gentes, otras ciudades, otros empeños... Hoy andamos de puntillas entre nosotros –entre los recuerdos y los deseos- sin dar el salto, mientras el otoño arranca de nosotros nuevas hojas, nuevos desaires. Hoy... Una S bellamente impresa –afuera la lluvia desciende suave, pero de forma ininterrumpida, sobre el húmedo suelo- ilustra una secuoya; la página que anuncia el fin del libro me apremia a seguir leyendo:

Se habían marchado los elfos y los incansables duendecillos. ¡Mmm! Qué curioso que antes de echar una cabezadita para recuperar fuerza se le viniera a la mente el nombre de cada elfo y de cada duende. –Glooo...ton...cillo, Jugueeee...tón, So...ñaaaa...do..., Triiis...tón, Re...seeer...va...d.., Ex...pool...ra...- En fin, mañana, cuando llegara la nueva primavera, ya tendría tiempo de preocuparse de qué nuevo miembro venía a sumarse a los demás. Ya se ocuparía, desde luego, de darle el nombre más adecuado. Antes de quedarse dormido, su pensamiento, como al principio de cada otoño, fue de agradecimiento al Agua que le proporcionaba el sustento desde sus raíces hasta las ramas más altas. Dormido, una leve, muy tenue sonrisa, cruzó su semblante de lado a lado. A su imaginación venía cómo duendes y elfos empleaban su tiempo en juegos cuya única meta era contemplar, con la compañía agradecida del cielo, el regalo delicado que formaba la personalidad de cada uno –sus sueños, sus miedos, sus rostros-. En el camino hacia la meta quizás se le olvidara a más de uno que compartir el regalo con cada uno de los otros seres venía a otorgar realmente el tesoro más preciado. El árbol se había quedado dormido. Hay quien afirma que, fruto del aire arremolinándose en sus hojas, tronco y ramas, se podía escuchar cada uno de los nombres de los seres que habitaban cerca de la secuoya."

Hoy, mi pequeña Tabitha, te cojo de las manos, porque sé que apareciste en mi vida por algo, que ese algo se agotó en el tiempo y porque sé que como ese árbol centenario, es capaz de proteger y de comunicarse tú y yo nos comunicamos a pesar de la distancia, a pesar de los silencios... Gracias, gracias por todo. Tú, eres la guardiana de estos relatos, porque así apareciste, porque te introdujiste en mí, como hoja frágil de otoño, porque eres yo y eres cada mujer, cada pétalo, cada estación,

Capítulo 10

De Ícaro y su enfrentamiento con el dios del fuego

1

Mi querida damisela, hoy te voy a llevar lejos, muuuy lejos en el tiempo donde apenas podemos alcanzar con los deítos de la mano y menos aún abrazar y sentir con el alma a esos personajes con quienes nos encariñamos tanto. Casi te estoy contando y estremece con sus primeras guirnaldas de luz parajes y sendero por donde Dédalo y su hijo Ícaro pasean. El revolotear de pájaros, aves y otros seres que habitan la minúscula e impresionante isla de Creta, agita brevemente arbustos, trenzas de encinar o higuera que pueblan el laberinto que padre e hijo construyen para el rey Minos. Apenas al anochecer cuando la isla duerme su latido al respiro del mar y de las olas se escucha el susurro sobre la importancia de aprender un oficio, desde el corazón, y no desde las manos.

Ícaro, como todo adolescente, sueña, sueña con comerse el mundo. Sueña con aprender deprisa, con todo lo que él haría con la habilidad con que su padre moldea cada pequeño latido de alce, de viento de poniente, de gorjeo milagroso. Despacio, con el alma, sonríe levemente su padre, cuando con las tijeras pespunta cada tallo, cada bulbo… Sueña, ay mi pequeña elfa, con ser rey, con llegar a ser una figura mitológica de la talla de Zeus, o de Hércules, o de… Ayyayay… Sueña, cuando crepitan los últimos leños con el rumio de lobos y lechuzas, con construirse algún día unas alas y así encaramarse allá, al monte Olimpo, donde dormitan, aman y se llenan de poderes sin igual los dioses del Olimpo…

El sol besa tiernamente el prado donde descansan padre e hijo, cuando Dédalo descubre, muy de mañana, cómo su hijo ha desaparecido. Acude tembloroso y agitado al laberinto que le advirtió Minos que una vez finalizada su labor no volviera a pisar. Acude a la higuera que precede a la entrada atento al mínimo rumor de pisadas de su imberbe hijo. Cuando lo encuentra, el sol engalanándose desde lo alto, Ícaro se halla gravemente herido por las cornadas del salvaje animal. Un atronador mugido sofoca al fatigado pero musculoso anciano con su hijo entre las manos. Un ser mitad toro mitad humano trota fuertemente sobre ellos sin que el padre recuerde el camino de vuelta…

Pequeñas luciérnagas relampaguean sus músculos doloridos y la túnica herida de sangre… cuando Dédalo alcanza a ver entrecortadamente la respiración de la higuera. El minotauro estremece con sus mugidos el alma de padre e hijo. Cuando padre e hijo caen por fin en el lecho, limpiadas y cosidas las heridas de Ícaro, aún se estremecen a causa de los mugidos de dicho monstruo y una leve nostalgia y tristeza que le

recorre gravemente… el alma. Quizás, mi pequeña, esta sensación que estremece al buen Dédalo en el viaje de Creta a Knossos le vuelve crecida cuando al llegar al mercado de Knossos le cuentan las buenas nuevas de la muerte del animal a manos de Teseo.

Teseo, mi pequeña lectora de la magia de esas lejanas estrellas, había sido apresado por el rey de Creta y castigado al increíble laberinto. Monstruo y hombre habían entablado una feroz lucha que acabaría con la muerte del animal mitológico. Ariadna, la enamorada de Teseo, había conseguido ayudarle, gracias al ardid de devanar lana hasta dar con su amado y, gracias a ella, encontrar el sendero de vuelta. Claro, pequeña, que los trovadores de entonces llamados aedos, ayayya, contaron la tremenda batalla. Claro, pequeña, que nuestro artesano escucharía en el lamento de la noche los últimos mugidos de la bestia que acabaría suicidándose encontrando el descanso en el arma afilada de Teseo.

2

Ícaro, a la llegada a Knossos, encuentra un devastador placer en las conversaciones con marineros; en las composiciones con que aedos y ciegos estremecen las noches aburridas de aquella ciudad fortificada, como la magnífica Troya. Sus composiciones, abriéndose en hermosos hemistiquios, cataban el espíritu aguerrido de todos los príncipes helenos que habían conseguido, gracias en último lugar, a la argucia de Ulises, echar abajo el orgullo de la ciudad troyana.

Ya el mercado revolotea, al pie de dicha construcción fortificada, adonde las gaviotas hieren apenas con sus gañidos, cuando el imberbe Ícaro comienza a beber de las primeras miradas y lisonjas que reparte con las núbiles doncellas que acuden al mercado. Él ayuda a su padre en la venta de objetos de artesanía y decoración. Interviene sólo para molestar las disertaciones con que su padre regala, en su particular Gimnasium, a quien acude a él con los latidos preparados. El pez aparece cuando el pescador se ha perdido tantas veces en el mar que entonces se apiada de él.. O algo así, mi pequeña. Algún día, mi querida infante, llegarás a adolescente y cual el joven Ícaro beberás también de dichos regalos. La noche se cerraba con las plegarias que el ya anciano Dédalo compone al anochecer, ayudado de un candil que agota su ya deteriorada vista.

Cierta noche, su padre acostado en la litera de al lado, Ícaro escucha, mi pequeña, unos fascinadores cantos o églogas, como se las llamaba entonces. El mar adormece con sus olas barcas y balandros de pescadores mientras el joven recuerda la imagen de su madre, Náucrate, con una sonrisa infinita que le estremece aún en mitad de la noche. Se da media vuelta convencido que el cansancio y el barato vino de las bodegas de Cnossos son los responsables. Pasados unos minutos, o unas horas, la verdad es que nuestro protagonista, ayayya, mi pequeña luciérnaga, algún día te contaré las locuras que hacen los jóvenes, se encuentra en

ese duermevela de la inconsciencia cuando vuelven trémulos con su aire de dulzaina. El joven llega, incluso, en sueños a percibir esos cantos interpretados por cuerpos esculturales de jóvenes, de hermosos senos y cabellera morena alborozada por desnudos hombros, pero, de la cintura para abajo, con cuerpo de pez. Piensa, mi lozana guardiana de bibliotecas, que son los mitológicos seres conocidos como sirenas.

Su nombre, recitado, cantado, nombrado con palabras atezadas de cielos le hace levantarse aún adormecido para ir abrazar a las sirenas cuando en el mar. En el espejo de agua refinado constantemente por las olas, sólo encuentra la luz trémula de la luna. Acostado, no puede evitar echarse a reír. Ícaro, sirenas, já.

3

Pasados dos días, en el día que conmemora a Hermes, el mensajero de los dioses, cuyas alas en los pies le hacían alcanzar en un santiamén cualquier región por alejada que estuviera, una noticia, que lo alcanza desde la lejana Ítaca, le llena de emoción, Odiseo ha alcanzado por fin su tierra, enfrentándose a todos los pretendientes a quienes su mujer, Penélope, había intentado apaciguar con un manto que entretejía durante el día para destejer por la noche. No obstante, no pudo sino cerrar una fecha llegada la cual el pretendiente que fuera capaz de atravesar numerosos aros con una sola flecha se haría por fin con el reino de Ítaca. Su marido, vestido como un mendigo, fue, querida diseñadora de aedos, quien atravesó los aros y poco después el corazón de todos los hombres que lo habían pretendido deshonrar.

No puedes imaginar, mi intrépida reportera, cuán se hincha su corazón, cuán se llena de espíritu aventurero. Tal que, a escondidas de su padre, acuerda con los marineros salir en el primer viaje rumbo a Ítaca. Así se dirige a donde descansan ambos y se echa a dormir, le habían prometido que en el próximo viaje saldría con ellos. Con ratoncillos en los ojos aún queda profundamente dormido a la espera del nuevo día. No sabe cómo ni por qué se descubre de nuevo en la playa esa noche, mi querida diseñadora de islas del tesoro, pero y ese día no recordaba haber caído en los brazos de Dionisio, el dios del vino, allí estaba escuchando con más fuerza su nombre repetido por las olas, por el viento, por el arrullo de las olas desperezándose en el agua, la marejada baja.

-Hola, Ícaro, pretendido hijo de Dédalo, descendiente de Hefesto, el dios de los herreros. –la voz lo seduce desde su luz trémula pero cálida. La voz le recorre desde los pechos de la joven apenas tapados por su cabellera blanca.

-Nooo… No eres la sirena –exclama al ver que todo su cuerpo va acompañado de unas piernas igual de bien diseñadas que cualquier obra

de su padre, pero con un toque de sensualidad que no ha sentido nunca.

-Claro que no, querido y delicioso joven, sólo soy Selene. –el pecho del joven aquí sufre una caída en cascada. Selene es el nombre que los antiguos bardos helénicos dan a la luna.

-Pero, entonces….

-Sí, joven soy la luna. -La mirada se torna tan eterna como la misma noche. Los labios no es preciso que hablaran. El mismo joven es capaz de sentirlos en comunión con todo lo que le rodea.

-Querido Ícaro, no disponemos de mucho tiempo. Sólo estoy aquí para entregarte este medallón. Tu padre se encuentra en grave peligro. Helios, el padre del Minotauro, se ha vengado ya de quien fuera Teseo, pero su deseo no ha acabado ahí. Quien lo encerrara en el laberinto debe pagar, según él. No es mucho lo que ha de tardar. Este medallón posee el poder de ocultar a cualquier mortal de Helios, pero habrá de marcharse… Ten, encamínate rápido y házselo llegar.

Cuando el joven quiere responder Selene, digo la luna, digo… uffff… pequeña selenita, mucho lío hasta para mí, ya ha desaparecido. Esa noche, nuestro Ícaro, se remueve inquieto ante las pesadillas donde Helios acude y asesina delante de él a su padre. El medallón, adormeciendo su temblor plateado, descansa herida sobre sus trémulas manos.

4

El día siguiente, el día de Zeus, nuestro joven protagonista anduvo con los marineros y con las doncellas que recorren alborozadas puestos y mercado. Ni siquiera las promesas de los pescadores ni los brazos jóvenes y rollizos de las jóvenes pueden despertarlo de sus preocupaciones. En las ofrendas que los marineros por la noche ofrecen con su pesca de dos semanas al dios Zeus Ícaro se revuelve inquieto con el medallón en la mano. ¿Y si lo había soñado? ¿Y si todo era fruto de su imaginación y su necesidad de hacerse a la aventura? Su corazón, mi pequeña liebre pronta a la aventura, sin embargo se rebela. Sabe que en las palabras de aquella mujer que dijo llamarse Selena no había sino verdad.

Al anochecer, se halla buscando a la mujer donde la había dejado la anterior vez. Su nombre se precipita, plegaria e invocación, en sus labios. Selene, Selene, Selene… Sin saber cómo su cuerpo se materializa de repente frente a él. Desnudo, como en la ocasión anterior, pero sin estar deliciosamente bañada por el agua. No puede evitar sentirse, ayayay estos hombres, atraído por esta presencia que ejerce sobre él una

atracción magnética.

-Joven Ícaro, creí haber sido lo suficientemente asertiva. Tu padre está en peligro y aún no has hablado con él, ni le has hecho entrega del medallón de la diosa Hera.

El joven no atina a decir nada. Sólo quiere que la noche no se acabe nunca. Sólo siente la necesidad de abrazar aquellos brazos, de sentir la calidez de sus senos, de su vientre.

-Heeraaa…

-Sí, Hera. Mi pequeño interlocutor. Aquí hay más fuerzas de las que en apariencia se ven. El medallón lo fabricó un gigante de los que ahora están apresados bajo tierra para huir la mirada del enojado Zeus. No me preguntes ahora cómo ha llegado a mis manos. Es cuestión de días y aún no has actuado.

-Pero, Selene, sólo soy un impetuoso joven. No hago más que maldecir a mi padre y defraudarle.

La voz de Selene entonces se hizo más honda, más melódica. Al pronto arrebató todos sus acordes, todos sus latidos.

Lo besó en sus cabellos. Lo besó en sus mejillas. Entregándole un pequeño secreto que se abre paso entre sus órganos internos hasta llegar a su corazón. Selene, quien él había sentido tan apasionadamente, es en realidad su madre.

-Pequeño Ícaro, tu padre es en realidad Helios, no Dédalo como imaginabas. Pero has heredado de él tu fuego interno. Sólo tú sabrás cómo enfrentarlo.

La mañana le encuentra desnudo y helado en la playa adonde le despiertan los primeros ladridos de los perros que acompañan a los madrugadores marineros.

5

Al día siguiente rehúye constantemente la presencia de su padre Dédalo. La mirada es la misma con que indaga cautelosamente en el alma de las cosas. La delicadeza con que toma el desayuno. Las hebras grises con que escucha como los primeros mercaderes ponen en marcha sus puestos y productos. La atención con que dedica sus primeras oraciones al ara del hogar. La lonja de pescado que recibe las primeras merluzas, salmones y doradas rosas que abren los tenderos con el mayor orgullo.

No obstante, su alma, como siempre con tendencia a la rebeldía, se niega a no ver en él a su padre. Cada uno de los recuerdos impresos en su alma joven. Cada una de las charlas con que su padre le advierte en el pasado. Cada latido que se escapó de él al ser rescatado en el laberinto. Todo ello extiende su mar de hibisco y poniente cuando le dirige al fin sus palabras.

-Dédalo –las palabras rompen como un dique en sus labios estremecidas.

-Lo sabes, ¿verdad? –las manos de su padre le sacuden el cabello.

-Sí, también sé que estás en peligro. Toma –coloca en su cuello el collar que le dio Selene. Quizás más como botella que se echa en el mar, mi pequeña, que como protección. No lo entiende. Ahora que sabe que no es su padre es cuando más lo siente como un padre. –Es momento de que huyas y guardes todos tus tesoros en otra ciudad. Quizás Atenas, padre mío.

-Ahora sabes, has de saber que no marcharé, querido Ícaro. No he vivido tanto como para salir huyendo. Toma –el collar descansa en las manos de Ícaro que se niega, que no puede escuchar…

-Nooooo… -sus palabras salen como un volcán desatadas- Perdí a mamá no puedo ahora perderte a ti…

La marejada de palabras, mi querida guardiana, que no reproduciremos aquí no evita el abrazo que padre e hijo se dan al marcharse. La noche marcha con el hijo en el recinto donde construye su padre. Recién la aurora despunta sus trémulos abrazos de luz, la obra se acaba terminada. Las alas de cera son un presente que Ícaro dedica a su antepasada Hera. Ni las palabras de su padre, Dédalo, ni el canto que trémulo aletea en su corazón de su recién reencontrada madre, Selene, parecen pararle. Los marineros no saben que la aventura no se encuentra lejos. Se encuentra siempre ahí, donde el alma no ha de rehuir la lucha.

Recoge el medallón que su padre arrojó al pie de la lonja y recién se abraza decidido a sus alas de cera. Se pone en marcha al cielo, deteniendo al carro de Helios, en su recién iniciado camino desde el Oriente, para enfrentarse a él. Sus alas de cera, derritiéndose peligrosamente pero sin remitir su determinación. El Titán conocido como el dios del sol no acabará con su padre, Dédalo.

Cariño y aquí hemos de dejar el relato porque aquí se nos acaban las palabras de los mitos, esos tejidos de acordes que traducen tantos autores desde hace muuuchooo tiempo, donde se nos recuerda que Ícaro cayó al agua con las alas derretidas. Quizás lo que no nos cuentan es la cara de orgullo con que Dédalo abraza el cuerpo de su por fin recobrado hijo. Con cuántas lágrimas lo llora. Con cuánto amor y pocas palabras intenta devolverlo a la vida. Lo que no nos cuentan es cómo Selene, por

fin, rotos sus cadenas autoimpuestas, con la excusa de arroparlo, cuando éste se encuentra dormido, arranca los ojos al Titán para que no pueda encontrar a Dédalo ni vengarse en más hombres. Los relatos, querida guardiana de acordes, mencionan cómo Helios, ciego, busca siempre a quien le ha afrentado tan gravemente, pero ni dios ni ser humano ayudan a quien arrebata la vida a su propio hijo.

Mas aquí hemos de dejarlo porque quedan tantos relatos por contar.